

LA MEDICINA CANARIA EN LA EPOCA PREHISPANICA

P O R

JUAN BOSCH MILLARES

Director del Museo Canario.

INTRODUCCION

Escribir la historia de un pueblo es un trabajo ímprobo y lleno de dificultades, pero no imposible si existen monumentos y se conservan tradiciones que permitan aclarar los hechos que durante ella se han sucedido. Ya sabemos que estas fuentes históricas constituyen las bases sobre las que se asienta la civilización, pues son los *monumentos* páginas escritas en piedra, llenas de ideas, aspiraciones y pensamientos de sociedades y culturas que se han perdido en la noche de los tiempos, y las *tradiciones*, primeros rumores de hechos transmitidos oralmente de generación en generación. Y si es cierto que éstas llegan a nosotros alteradas por la ignorancia, superstición o vanidad, hemos de convenir en que siempre contienen algo de verdad, circunstancia de la que nos valemos para llegar al conocimiento de las creencias y costumbres de los antiguos pueblos, después de haber sido tamizadas por la crítica.

La historia de Canarias, en su concepto más amplio, ha sido narrada por los cronistas e investigadores de todos los tiempos de una manera precisa y determinada. Quien sea aficionado a estos estudios encontrará en nuestros archivos, bibliotecas y museos cuantos datos necesite para poner en claro dudas y formular conclusiones, y en ningún sitio encontrará el alma más íntimas satisfacciones que en el silencio de aquellos centros de investigación. Conocer, pues, la *Historia de la Medicina* de las Islas desde que fueron habitadas por sus primitivos pobladores hasta su conquista e incorporación a la Corona de Castilla, constituye la máxima aspi-

ración a que podemos llegar en esta publicación, ya que en el brillar de las cosas pasadas solemos encontrar la luz de nuestras indagaciones y la compensación al trabajo ímprobo y dificultoso, pero no imposible, que representa llevar a cabo este deseo.

Por ello hemos emprendido esta labor que nos asusta, porque nos parece largo el camino a recorrer, pero que no nos atemoriza en razón a que nuestro entusiasmo es grande y lleno de esperanzas. La *Historia de la Medicina canaria*, sembrada y diseminada en revistas, opúsculos y artículos sin ilación ni fundamento, no ha sido conjuntada en un libro que pueda servir de punto de partida para mayores y más amplias investigaciones, por cuyo motivo, reconociendo que el camino ha de estar lleno de obstáculos, emprendo esta labor con la serenidad de los años, por tener la firme creencia de que Dios y el Tiempo me han de ayudar en esta ilusión que viene bullendo en mi cerebro desde hace años.

Por otra parte, siendo la Medicina tan antigua como el hombre, no podemos echar en olvido la serie de datos con los que contribuye al conocimiento de la historia general de los pueblos, pues junto a la lucha con que inicia su vida, por los alimentos, la procreación y la persistencia del grupo familiar o tribu contra los enemigos del exterior, nacen los primeros intentos encaminados a alejar la enfermedad, único medio de conservar la salud y el buen funcionamiento de los órganos. Y si bien es verdad que inoportuna muchas veces a la existencia humana apoderándose de ella en épocas más o menos distanciadas y duraderas, es cierto también que la última vez que nos visita llega acompañando a la muerte, cesación de la vida, contra la que nada podemos hacer.

Dichas estas palabras, añadiremos, para terminar, que siendo muchos los trabajos publicados sobre las distintas facetas que abarca la historia del Archipiélago Canario, en pocos de ellos se ha llegado a perfilar y solucionar las distintas incógnitas que han surgido sobre el *origen de las Islas*, por lo que es preciso, antes de seguir adelante, decir que no se ha puesto punto final a la serie de estudios que de continuo se están llevando a cabo. De ahí nuestra aportación al conocimiento de la historia de los aborígenes, trayendo a estas páginas el resultado de nuestros hallazgos y estudios

sobre su Medicina, que tiene, como es lógico deducir, características propias, que hacen pensar en deducciones tan valiosas como interesantes.

PARTE PRIMERA FISIOGRAFIA Y ANTROPOLOGIA

CAPITULO PRIMERO

ORIGEN DE LAS ISLAS CANARIAS.

Relacionada íntimamente la historia de la Medicina canaria con la génesis y evolución del Archipiélago Afortunado, comenzaremos nuestro trabajo exponiendo, de una manera esquemática, el estado actual de sus problemas, pues si muchas han sido las opiniones que sobre ello se han lanzado, nuestros estudiosos siguen buscando en el laboratorio y la biblioteca en busca de la solución exacta.

Hemos de tratar pues, como consecuencia obligada de lo que antecede, de dos cuestiones principales: una primera, que se refiere al origen de nuestras Islas, y otra segunda, referida a su historia desde que fueron descubiertas hasta el momento de su incorporación a la Corona de Castilla.

I.—*Génesis de las Islas Canarias.*

Al estudiar la génesis y evolución de la Tierra a través de las Eras en que se ha dividido su Historia, nos damos cuenta de que la meseta continental sudamericana, en contacto directo durante millones de años con la africana, formó con ella un gran bloque que se partió en dos trozos en los finales del Secundario. Estos trozos fueron separándose como témpanos flotantes hasta adquirir la situación que tienen en la actualidad. Uno de ellos, el formado por las dos Américas en su marcha o emigración hacia el Oeste, por efecto de la resistencia encontrada en sus aguas, plegó, al ser comprimido, su frente anterior. De esta lucha entre las dos fuerzas contrapuestas se formó la gigantesca cadena de los Andes que corre, como se sabe, desde Alaska hasta la Antártida. Mientras tanto, el otro Continente, fuerte y rodeado de mar, tuvo de continuo sus costas bajo el dominio de las aguas y de los bloques continentales, límite donde entran en juego fuerzas y tensiones tectónicas.

Separados, pues, ambos trozos, el americano y el africano, quedó entre ellos el Océano Atlántico, mar que sirvió de escenario a la aparición de las islas conocidas con los nombres de Azores, Madera, Canarias y Cabo Verde.

Si observamos, a continuación, después de lo que nos acaba de decir la Geología histórica, los salientes y entrantes de las costas americanas y europeas que limitan al O. y E. la cuenca del Atlántico, puede verse una curiosa coincidencia de ambos bordes. De ahí el que Wegener pensase, para explicar la génesis de los continentes y océanos, en la existencia de movimientos horizontales y verticales o tectónicos de los bloques de la corteza terrestre, a los cuales se atribuye la continua y constante separación de ambos Continentes que sigue, a través de los siglos, de una manera imperceptible.

Situadas, pues, las Islas Canarias entre ambas partes del Mundo, ¿cómo se formaron y emergieron de nuestro mar Atlántico?

Muchas teorías se han lanzado a la luz pública por los geólogos que las han visitado en distintas épocas de su vida terrestre. A pesar de ello, hemos de reducirlas a dos: una que trata de demostrar que las Islas nacieron en el fondo del mar, sin relación alguna con las tierras de ambos continentes, y otra que dice son trozos desprendidos o desgajados del Continente africano.

Entre las primeras hemos de citar: la de Leopoldo von Buch, llamada de los "cráteres de levantamiento", por atribuir la formación de las Islas a fuerzas interiores que empujaron la cobertura terrestre hasta hacerla salir fuera del Atlántico; cada montaña —decía— era un cráter de levantamiento empujado por las fuerzas expansivas internas; la de Fernández Navarro, que dice que el Archipiélago está asentado encima de rocas volcánicas anteriores al Terciario, sobre las que fueron acumulándose en las épocas subsiguientes productos efusivos; las de Charles Lyell, Von Frish y otros geólogos, que las suponen originadas por simples conos volcánicos formados en el suelo del Océano, por las emisiones y acumulaciones de lavas y cenizas hasta constituir el ingente edificio que hoy existe, y la de Martel San Gil, fundada en la teoría de la isostasia y en la demostrada existencia de las corrientes simáticas, en virtud de las cuales las islas emergidas del seno del Atlántico for-

maron en principio un todo común; bastó que surgiera un obstáculo para que dichas corrientes se acumularan a su alrededor y dieran lugar a una concentración del sima. Como la ley de la isostasia exige un equilibrio entre sial y sima, al condensarse éste, disminuye aquél, por cuyo motivo si esta concentración y aumento se lleva a un grado extremo, el sima adquiere la suficiente fuerza para arrastrar el obstáculo consigo, hasta desgajarlo en bloques aislados. Una primera rotura daría origen a las islas orientales, y una segunda desmembración originaría el resto de la guirnalda insular.

Entre las teorías que defienden su procedencia africana se encuentran: la de Hernández Pacheco, basada en la igualdad del zócalo holocristalino existente en las Islas y en el cercano litoral y en que todas ellas, menos La Palma, están arrumbadas de N. E. a S. O. y por lo tanto tienen dirección paralela a los pliegues montañosos y fosas de la parte occidental de Africa; la de Luis Gentil, que no dudó en prolongar al Suroeste la orografía del Alto Atlas, haciéndolo reaparecer en las Islas Canarias, después de que sus pliegues, descendiendo progresivamente hacia el litoral, acabaron por ahogarse bajo las aguas; a este hundimiento de los pliegues occidentales se debe el canal que hoy existe entre las Islas y la costa africana.

Recientemente, Simón Benítez Padilla, Conservador del Museo Canario, fundado en la teoría de las traslaciones continentales de Alf. Wegener, admite que al abrirse la fosa atlántica por el desgaje de América, respecto a Africa, las Islas Canarias se formaron por el arranque de la parte de sial más profundamente sumergida en el sima donde el rozamiento es más fuerte. Estos trozos avanzan muy rezagados bajo el sima, elevándose por su menor densidad a la manera de un submarino que remonta a la superficie. Surgieron primero las Islas orientales, que quedan como flecos de retaguardia en el bloque canario que lentamente avanza hacia el Oeste, y todos ellos ascienden después de experimentar una sucesión de erupciones al principio básicas, más tarde ácidas y últimamente básicas. De esta manera las Islas, descarnadas por la erosión, presentan un núcleo cumbre de rocas ácidas, rodeadas de básicas en el litoral, como acusan los estudios geológicos del territorio canario.

Fundamenta su teoría Simón Benítez: 1.º, en que las formacio-

nes de Africa eran muy anteriores y distintas a las de Canarias, pues aquéllas son primarias y secundarias, y éstas, terciarias cuando más; 2.º, en que la composición litológica de las rocas de Africa, según ha demostrado San Miguel de la Cámara, Catedrático de Petrografía de la Universidad de Madrid, en su trabajo *Rocas eruptivas del territorio de Ifni*, no corresponden a las de Canarias, sino a las del escudo brasileño y zona oriental de América del Sur, y 3.º, en que los canales interinsulares son demasiado profundos para suponer al Archipiélago descansando sobre el borde o zócalo africano.

Estos datos y las líneas de arrumbamiento que presentan las Islas de N. a S. y de E. a O. hicieron opinar a don Lucas Fernández Navarro que las Islas se repartían de E. a O. en cuatro bloques o agrupaciones independientes formados por Lanzarote y Fuerteventura, Gran Canaria y su apéndice La Isleta, Tenerife y Gomera, y La Palma con el Hierro. Como estos bloques corren sensiblemente paralelos a la costa de Africa, dice en conclusión que estos cuatro grupos se formaron a expensas de cuatro lascas arrancadas de la raíz del Continente africano por el Continente americano cuando empezó su deriva hacia el Oeste.

Por otra parte, Telesforo Bravo, en su *Geografía de las Islas Canarias*, y Federico Macau Vilar, en su trabajo sobre *Volcanes de Gran Canaria*, nos dicen que siendo el Continente africano, una vez separado del americano, fuerte y rodeado de mar, estuvieron sus costas sometidas de continuo al dominio de las aguas y de los bloques continentales, límite de separación donde entran en juego fuerzas y tensiones tectónicas. Fácil es comprender, por lo tanto, que el bloque africano, que ha resistido todas las orogenias (caledoniana, herciniana y alpina), haya tenido que ceder pedazos de su suelo ante aquellos poderosos ataques, que si en algunos sitios construían cadenas de montañas que se levantaban miles de metros sobre el mar, en otros sectores se producían hundimientos que arrastraban en su movimiento trozos continentales que pasaban a dominio oceánico.

A consecuencia de estas fracturas, el escudo sahariano, al emerger después de cada sumersión, arrastraba, con cierto retraso, parte de las zonas próximas al mar, hasta que durante la última orogenia

quedaron definitivamente sumergidas, salvo algunos pequeños fragmentos que por encontrarse en especiales condiciones formaron la base de las Islas.

Todas estas masas continentales (siálicas), al pasar por hundimiento al dominio oceánico (simáticas), tuvieron que adaptarse a las nuevas condiciones físicas y geoquímicas creadas, por lo que, sometidas a distintas variaciones de presión y temperatura y a la presencia de grupos de átomos o de otras especies químicas, dieron lugar a transformaciones lentas de sus materiales que originaron roturas en las cubiertas superiores, bruscas diferencias de presión y frotamientos mecánicos.

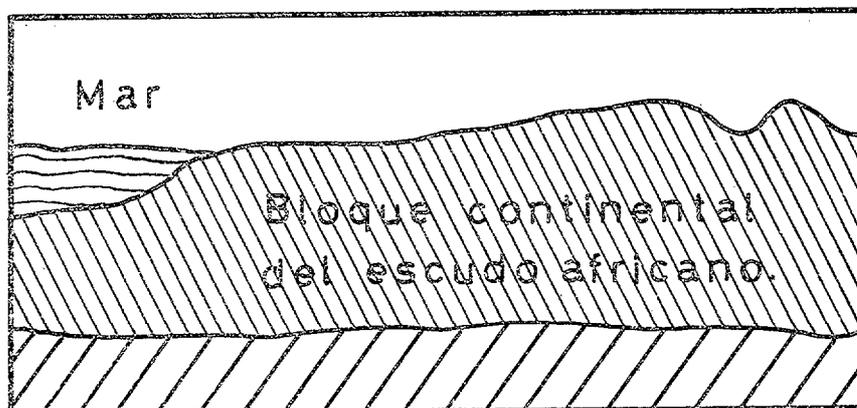
Es, pues, en el Occidente nor-africano donde el Océano ha sustraído al Continente parte de su suelo, el sitio en el que las tensiones tectónicas abrieron grietas y produjeron condiciones especiales para que las erupciones se manifestasen.

Federico Macau Vilar, Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, en su deseo de hacer gráfica su tesis acabada de exponer, nos dice que el bloque continental de Africa, al final del Período Arcaico, estaba bastante consolidado, presentando, sin embargo, suavizadas las señales de los efectos que sobre el mismo dejaron las viejas orogenias de aquella Era.

Coincidiendo con el principio de la Era Primaria, se inició una gran transgresión marina que persistió durante casi toda ella. Entre los Períodos Silúrico y Devónico tuvo lugar la orogenia caledoniana, la que al encontrarse con la mayor rigidez que ya habían adquirido los materiales constituyentes del bloque continental, sólo fue capaz de producirle ligeras fracturas en los bordes, sin lograr modificar su relieve en la extensión y proporciones que tuvieron lugar en otras regiones de la superficie terrestre.

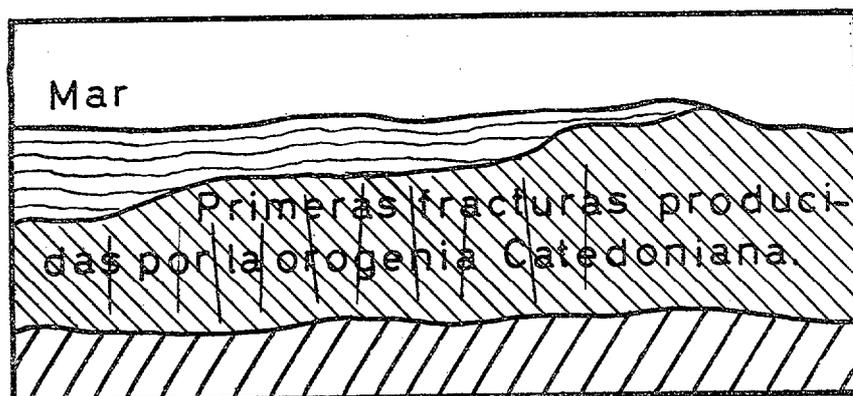
Al final del Primario volvieron a llegar sobre el Continente africano nuevas oleadas tectónicas correspondientes a la orogenia herciniana, las que, incapaces de producir grandes plegamientos en los recientes sedimentos marinos sustentados por la rigidez del basamento arcaico, acentuaron las dislocaciones y fracturas marginales, iniciándose, a su vez, la rotura de grandes bloques en sus bordes ya consentidos por los golpes caledonianos.

Después de la orogenia herciniana, se inició una regresión du-

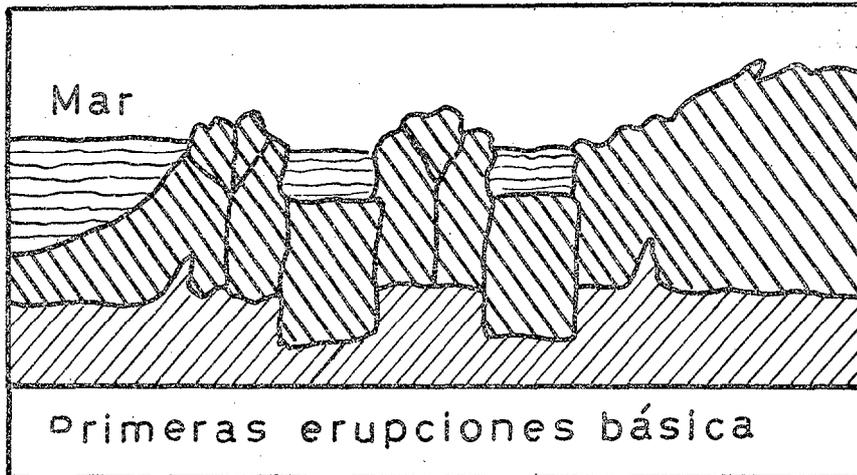


rante el Permo-triásico y el hundimiento de algunos de los bloques resultantes de estas acciones hercinianas, cuyos efectos se hicieron palpables en las primeras erupciones que asomaron a través de las líneas de fracturas producidas por las mismas orogenias. Estos bloques siguieron en conjunto, más o menos paralelamente, los movimientos del llamado bloque continental.

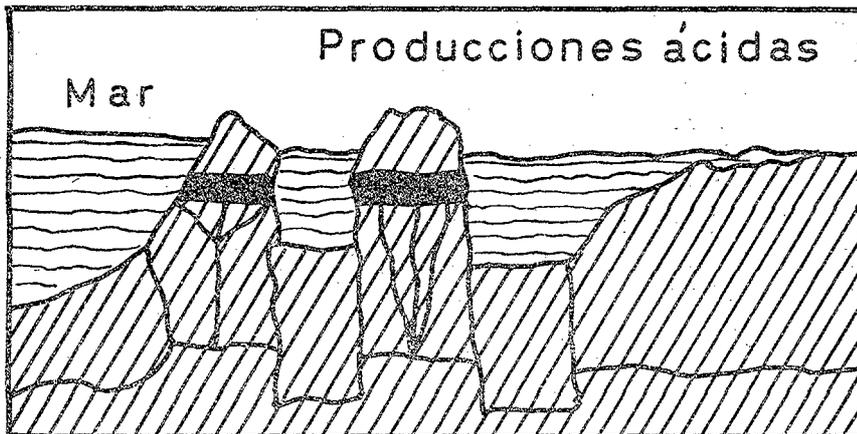
A mediados del Secundario, el mar comenzó una nueva invasión del Continente que llegó a durar hasta principios del Eoceno, ya entrado el Terciario. Durante el mismo, los materiales que continuaron depositándose sobre la Isla por las erupciones en curso, fueron variando de carácter y acentuando su acidez, hasta dar lugar a la aparición de las familias de rocas ácidas, cuya evolución, con los desfases y discontinuidades propias de los fenómenos de esta



naturaleza, siguieron paralelamente la marcha de la transgresión. De esta manera se originaron la serie de rocas fonolíticas, traquíticas y riolíticas.



Al llegar a principios del Terciario, que fue cuando tuvo lugar la orogenia alpina, última de las grandes orogenias universales, sus fuerzas tectónicas, que a tantos y tan importantes sistemas montañosos dieron origen (Alpes, Andes e Himalaya), tropezaron con la rigidez, cada vez más acentuada, del viejo Continente africano, sobre el que apenas dejaron señales apreciables, salvo su borde me-



diterráneo. Sin embargo, los bloques marginales del Continente sufrieron con más intensidad los efectos de los contragolpes, reflejos de las nuevas oleadas tectónicas que por su misma intensidad no pudo el conjunto del Continente amortiguar del todo. Ello dio lugar a la acción de fuertes tensiones sobre estos bloques desprendidos



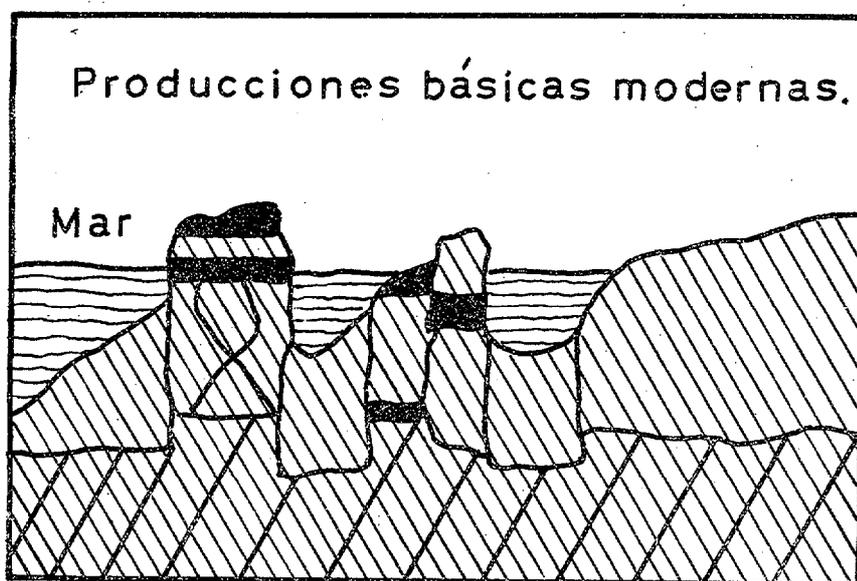
del Continente por las anteriores orogenias, que al producir en ellos nuevas fisuras y fracturas llegaron en algunos casos importantes incluso a desgajarlos en dos mitades y a dejar en su interior importantes planos de fractura paralelos entre sí.

En resumen, dos son las opiniones más en boga que se debaten para explicar la formación y aparición de las Islas Canarias. Una, que la atribuye al hundimiento de los bloques desprendidos del Continente africano, frente al llamado escudo sahariano, por efecto de la lucha sobre el mismo de las fuerzas tectónicas de la orogenia alpina. Confirman este aserto los estudios geológicos llevados a cabo por Bourcart, Telesforo Bravo y los Profesores Hernández Pacheco y Hausen, demostrando la continuidad anatómica y fisiológica entre el Continente africano y las Islas.

Los defensores de la otra tesis dicen que éstas se formaron a

expensas de las cuatro lascas arrancadas del Continente africano por el llamado americano, cuando tuvo lugar la separación de los dos y la deriva de este último hacia el Oeste. La fundamentan sus partidarios en los estudios del Profesor San Miguel de la Cámara, negando la correspondencia litológica e histórica entre las tierras de Africa y Canarias.

Sea una u otra la teoría admitida, es lo cierto que el surgimiento del Archipiélago tuvo lugar al final del Período Mioceno, en cuyo momento se verificó el paso de las plantas y animales del Continente africano a las Islas.



Escrito lo expuesto, quedamos por señalar la influencia que tuvo el origen de las Canarias en la evolución de la Medicina prehispanica, pues teniendo el hombre necesidad de recurrir, para defenderse de sus males, a la búsqueda de alimentos, a guarecerse en cuevas y cavernas y a precaverse de sus enemigos con palos y piedras, tuvo que habitar los sitios donde estos medios existieran. Así sucedió con los primitivos pobladores de las Islas, pertenecientes al Período Neolítico, donde encontraron los elementos que les brindó la Naturaleza para luchar contra toda clase de enfermedades, pues de la misma manera que los animales lamen sus heridas,

se esconden y abrigan en las rocas, hacen ejercicios y juegan para desarrollar sus músculos, buscan una postura cómoda para dormir y determinadas plantas y hierbas para curar sus males, el hombre primitivo, obedeciendo a su instinto de conservación, buscó en los tres reinos que constituyen el Mundo los medios que necesitaba para vivir y conservar la salud.

Pues bien, al llegar a las Islas, para procurarse sus alimentos, construir sus guaridas y encontrar los remedios para sus males, se halló frente a una flora que revestía caracteres de independencia con referencia a la de la zona continental africana situada en sus proximidades y sometida al predominio de las influencias mediterráneas, tanto en las especies actualmente comunes, como en la afinidad de los endemismos.

Y, en efecto, parece ser que la flora que existía en la amplia zona llamada mediterránea era la misma que habitaba en el Continente africano, ya que la uniformidad del clima, a comienzos de la Era Terciaria, consintió la difusión general de aquélla desde dicha zona al mencionando Continente. Es entonces, por estar unidas a éste las Islas durante el Período Mioceno, cuando tuvo lugar el paso de los animales y plantas. Ocurrido más tarde el hundimiento, por efecto de las causas explicadas anteriormente, pudieron salvarse algunas especies de aquellos lugares de las Islas en los que las condiciones locales ejercieron una cierta protección, hasta el punto de que ellos funcionaron como refugios para las especies terciarias y como verdaderos museos donde se conservan gran número de tipos vegetales que existen actualmente en Europa. Tipos vegetales que, por efecto de su aislamiento, dieron lugar a numerosos endemismos propios de cada una de las Islas del Archipiélago.

El enfriamiento ocurrido al final del Mioceno y las bajas temperaturas sucedidas durante la Epoca de las glaciaciones cuaternarias y sus períodos xerotérmicos intermedios, tuvieron decisiva influencia en la distribución de los vegetales, haciendo desaparecer los que por una u otra causa se vieron imposibilitados de efectuar las emigraciones e inmigraciones que exigían, para su supervivencia, los cambios ocurridos en el clima. Este fue el caso de Europa y Norte de Africa, donde los desplazamientos de la flora no pudieron efectuarse, no sólo por estar abierta y ocupada por el mar

la fosa mediterránea, sino por haberse establecido la barrera representada por la gran aridez e inmensa extensión de los desiertos del Africa del Norte. En cambio, la que pasó a las Islas se mantuvo indefinidamente, gracias a la influencia moderadora de la faja marítima que las rodeaba. Ello explica la relación de parentesco con las especies originarias y las extrañas afinidades entre plantas instaladas, hoy día, en regiones muy distantes.

No hay que pensar, pues, en que las Islas hayan sido colonizadas, desde el punto de vista botánico, por los agentes naturales de la dispersión (vientos, aires, corrientes marinas, etc.), pues al parecer se hace necesaria una más íntima relación entre las tierras colonizadas y los puntos de partida de la flora invasora. Por ello, y por estar las Islas protegidas por el mar, pudieron mantener su cubierta primitiva, impregnada de arcaísmo, constituyendo el último vestigio de la cubierta vegetal de las épocas terciarias.

De esta manera, cuando los primitivos pobladores llegaron a ellas, encontraron una flora que les sirvió de alimentación, de techo para sus casas y de remedios, llamados caseros, para cierto número de enfermedades. Igual sucedió con la fauna, pues si bien es verdad que se alimentaban principalmente de la marina, hasta que arribaron los mamíferos, es cierto también que se encontraron fósiles terrestres iguales a los del Continente.

II.—*Síntesis histórica del Archipiélago.*

No pretendemos describir en estas páginas la historia del Archipiélago Canario desde el momento en que fue poblado por sus primitivos habitantes hasta su conquista e incorporación a la Corona de Castilla por los Reyes Católicos. Bastará leer cualquiera de las crónicas e historias de las Islas, publicadas en el transcurso de estos últimos siglos, para que pueda ponerse el lector al corriente de cuantos hechos destacados se han sucedido desde los tiempos en que fueron descubiertas hasta nuestros días.

No vamos, pues, a detenernos en estos sucesos históricos, sino en lo que ellos tienen relación con el conocimiento de la Medicina canaria prehispánica, referida principalmente a la serie de invasiones que han sufrido sus tierras por los primitivos pobladores del mundo. A este propósito justo es añadir que nuestras Islas fue-

ron conocidas, desde muy antiguo, por las diferentes naciones mediterráneas cuyos pueblos se adentraron en el Atlántico bordeando las costas africanas, a partir del instante en que las naciones del resto de Europa dejaron de sentir la necesidad de expansionarse, ya que, con excepción de las riberas mediterráneas y de las costas de Gran Bretaña, Francia y España, el Océano Atlántico permanecía desconocido y las expediciones que a él se lanzaron eran simples ensayos, hijos del entusiasmo y del atrevimiento.

De ahí el que fuera necesario fijar la mirada en torno al Mediterráneo, porque en él nacieron las civilizaciones más antiguas de la Historia. Dígalo si no el hecho de que si ésta avanza en Europa desde las tierras más próximas al mar hasta las orillas del Báltico y del Mar del Norte, en Africa no pasa de las regiones litorales por impedirlo el desierto, con la sola excepción de la vía del Nilo, y en Asia se adentra hasta llegar a la India y China, tenemos que convenir, al observar una esfera terrestre, que las tierras en que nace y culmina la gran civilización están comprendidas entre el paralelo 20 grados Norte y los meridianos 60 grados Este y 10 grados Oeste, es decir, lo que se llama modernamente el gran cuadrante Noroeste.

Expuesto lo que antecede, es necesario aclarar, antes de seguir adelante, que no todas las expediciones e invasiones que se hicieron a las Islas han sido confirmadas por el estudio de los documentos y referencias escritas. Algunas de ellas permanecen en la duda, sin ser merecedoras del olvido, por cuanto han influido directa o indirectamente en la cultura del Archipiélago; otras hay que aceptarlas por los hechos e investigaciones posteriores, y las restantes, por ser los cimientos en que se basa la verdadera historia de nuestras tierras.

Con arreglo a este plan de exposición, describiremos primeramente las que permanecen en la duda, y a continuación las que nadie discute y, por lo tanto, admite. Así, pues, refiriéndome a las primeras he de comenzar con:

Fenicia.—La más remota expedición marítima hacia Occidente que registra la historia la encontramos en Herodoto, cuando nos habla de los viajes llevados a cabo por los hijos de ese pueblo en busca de su desarrollo comercial, dado el espíritu de empresa que

los dominaba y su condición aventurera que los llevaba a lanzarse a los peligros del mar para alcanzar nuevas ganancias y posiciones ventajosas.

De esta manera las islas próximas a Siria y las del mar Egeo les proporcionaron las primeras riquezas, y Chipre, Cythera, Rodas, Creta, Lesbos, Thasos, Thera y Melos les rindieron sus principales productos. Asimismo, colonizado el mar Egeo, se lanzaron por el Mediterráneo, donde fundaron en el Norte de Africa las ciudades de Utica, Hippona y Cartago. Por otra parte, mientras esto sucedía, se establecieron en Sicilia, Malta, Cerdeña, litoral francés y España, donde arribaron en el siglo XIV antes de Jesucristo y fundaron, en el siglo XI según unos y en el VIII según otros, la más importante de sus colonias, a la que llamaron Gaddir (fortaleza), con su magnífico puerto denominado Cádiz. Fueron los primeros, según conjeturas, que cruzaron las Columnas de Hércules, haciendo su primera etapa en las Islas Canarias y más tarde en las Azores y el Archipiélago de Madera, una de cuyas islas sería las Cassitéridas, descritas por Herodoto.

Como no ha quedado documentación alguna de estos viajes, se dice, con el testimonio de Estrabón, que guardaban el secreto de las tierras visitadas, a fin de que otros navegantes no llegaran a sus mismos lugares y se aumentaran las dificultades de la navegación a los que habrían de ser más tarde sus competidores. Plutarco, en la *Vida de Sertorio*, refiere que cuando éste llegó a Gades unos navegantes españoles le revelaron que al otro lado del mar habían encontrado tierras: se referían posiblemente a las Islas Afortunadas.

Egipto.—Si fijamos la vista en cualquiera de los mapas que nos describen los historiadores al hablar de este pueblo, observaremos que en el mundo mediterráneo pocas tierras se encuentran como las del Valle del Nilo, tan propicias para la vida de ganaderos y agricultores del Período Neolítico. Por ello pudo en él crear y desenvolver, antes del año 4.000, y especialmente entre los 4.000 y 3.000 antes de Jesucristo, una alta civilización, caracterizada por el uso de los metales, de los barcos de vela y de la escritura. Y como con la escritura entró la Humanidad en la Historia, frente a aquéllos,

los hombres de Europa siguieron todavía viviendo durante algunos siglos, sin metales ni otros medios de cultura, en la Prehistoria.

Los egipcios transportaban las mercancías por el Nilo en barcos y lanchones, llevando sus mejores productos industriales por mar a otros países, hasta el punto de que en tiempos faraónicos sus flotas navegaban por el Egeo, entraron en el Mar Rojo y conocieron el Océano Indico. No es de extrañar, por lo tanto, que, contando con estos medios, los egipcios ocuparan el mismo puesto que los fenicios en el conocimiento de los mares, al llevar a cabo empresas que les pusieron en comunicación con los demás pueblos. Dígalo si no la noticia, referida por los historiadores, de que por encargo de Nechos o Nechao II, rey de Egipto, hicieron en el año 610 antes de Jesucristo un viaje de circunnavegación en torno al Africa que duró tres años, durante los cuales pasaron por el canal que separa las costas occidentales de esta parte del mundo de las Islas del grupo oriental de Canarias, después de doblar el Cabo de Buena Esperanza y atravesar el Estrecho de Gibraltar y regresar a Egipto. Nada de particular tiene que los marinos de esta expedición las bautizaran con el nombre de Afortunadas y el que no haya podido aclarar la historia si llegaron o no a visitarlas.

Grecia.—El mar fue para Grecia el medio de comunicación con las naciones extrañas y con sus mismos pueblos, hasta el punto de que constituyó su gran vehículo y factor poderoso de civilización. Fue además la nación de más potentes emigraciones, traducidas en la fundación de las colonias por todo el litoral mediterráneo, de las que las más antiguas se dirigieron a Oriente hasta llegar a Chipre en el siglo XIII antes de Jesucristo y más tarde a Egipto. Lustrós después visitaron las costas del talón de Italia y las orientales de Sicilia, hasta que a mediados del siglo VIII recorrieron sus nacionales las costas septentrionales de esta última y las occidentales de Italia y España, donde después de rechazar la oferta del rey Arghanthonios, que les ofreció tierras en Tartessos, fundaron y se establecieron en Marsella un siglo después.

Más tarde, Alejandro el Magno, en su ambición sin límites, preparó un plan para la conquista del Mediterráneo occidental a base de construir una flota de mil naves dispuestas para navegar a vela y ser impulsadas por remeros en el caso de que el viento les

faltara. Con ello tuvo el propósito de pasar por las costas del Norte de Africa, llegar a las Columnas de Hércules (Estrecho de Gibraltar) y fundar algunas factorías más allá de ellas; pero de esta expedición, como de las llevadas a cabo por Pytheas, astrónomo de Marsella, y Euthymenes, que las dirigieron hacia el Norte y Sur del Estrecho, recorriendo este último la costa occidental de Africa hasta aproximarse a las Islas Canarias, nada se sabe de cierto, por haberse extraviado los documentos en que se hacía relación de ellas.

Al llegar a este momento de la historia, y como quiera que en estas exploraciones les habían precedido los fenicios, nos encontramos que en el gran mundo mediterráneo existían dos grandes civilizaciones: una oriental o fenopúnica, y otra occidental o griega.

Cartago.—Al poder marítimo de los fenicios sucedió luego, con el transcurso de los siglos, el de Cartago, ciudad que, colocada en el promedio del Mediterráneo, podía extender con más facilidad su influencia a uno y otro lado de aquel mar y del Estrecho, hasta que fue vencido su poderío por Roma, después de desarrolladas las tres largas y sangrientas guerras púnicas.

El Senado cartaginés envió a las Canarias, o por lo menos hacia Occidente, una expedición a las órdenes del almirante Hannon, cuyo relato se depositó a la vuelta en el templo de Kronos o, según Plinio, en el de Juno, para que se conservase perpetuamente. Este viaje, cuya descripción, hecha en lengua púnica y más tarde vertida al griego, se hizo quinientos años antes de Jesucristo, sirvió para conocer las costas occidentales de Africa, de Norte a Sur, si bien se duda, con sobrados motivos, del número de 60 bajeles y 30.000 personas embarcadas en ellos. Se conoció esta excursión con el nombre de "Periplo de Hannon".

Persia.—Derrotado el ejército de esta nación en el Estrecho de las Termópilas por unos cuantos griegos al mando de Leónidas, su rey, llamado Xerxes, por múltiples motivos, dispuso que su escuadra, al mando de su sobrino Setaspes, diese una vuelta al Continente de Africa, saliendo al Océano por las Columnas de Hércules, doblando el Cabo de Buena Esperanza y regresando por el Golfo Pérsico. Herodoto, a quien debemos estas noticias, las completa diciendo que el propio Setaspes confesó a su tío que habían visitado

una nación ocupada por muy pocos hombres que, vestidos con trajes fenicios, huyeron a las montañas al acercarse sus buques.

De todas estas excursiones, como acabo de decir, no se tienen datos que aseguren pusieron pie en las Canarias, porque además de no haber encontrado en la historia huellas directas de su paso, no despertaron la codicia de los navegantes al suponerlas carentes de yacimientos metalíferos y habitadas por un pueblo dispuesto a defenderse en todo momento. Sin embargo, volvemos a decir, no podemos rechazar de plano la idea de que, atraídos por la curiosidad u obligados por necesidades alimentarias, no hubiesen tenido contacto con ellas.

* * *

Refiriéndonos ahora a la segunda clase de expediciones, es decir a las de que ningún historiador duda de su veracidad, comenzaré diciendo que el primer dato seguro sobre la existencia y visita a las Islas podemos trasladarlo a los tiempos de Juba, en la época romana, pues destruída la república cartaginesa y conquistada la ciudad de Cartago por Escipión, se vio Roma dueña del mundo entonces conocido, como lo demostraron sus ejércitos victoriosos paseando por los países sujetos a su dominación y sus naves recorriendo los mares que hasta esta fecha sólo habían surcado los bajeles conducidos por los atrevidos fenicios.

Entre las expediciones marítimas llevadas a cabo hemos de citar las que tuvieron lugar en las costas occidentales de Africa y especialmente la que llegó al Archipiélago Canario, cuya descripción conservó en resumen Plinio, por haberse perdido el libro original. Los romanos citaron a las Islas con el nombre de *Fortunatae Insulae*.

A la muerte del gran emperador español Teodosio en el año 395, el Imperio Romano quedó dividido en otros dos, llamados de Oriente y de Occidente, gobernados por Arcadio y Honorio. El Imperio de Occidente desapareció en el año 476, subsistiendo en cambio el de Oriente hasta el 1453.

Un siglo después de desaparecido el de Occidente, los pueblos que rodeaban las fronteras del Imperio formaron el mundo de los bárbaros o extranjeros, constituídos por los germanos o bárbaros del Norte, los de las fronteras de Africa y del Asia Anterior y los

de las estepas rusas y asiáticas. De ellos, los primeros o germanos históricos, constituídos por la fusión de las tribus procedentes de las orillas del Báltico con la población prehistórica de las tierras comprendidas entre el Rhin, el Danubio y el Niemen, formaron dos grupos, conocidos con los nombres de teutones y godos. Estos, a su vez, se dividieron en visigodos o godos del Oeste y ostrogodos o godos del Este.

Pues bien, durante la época visigótica el territorio africano del Norte formaba la Mauritania Tingitana, que al extenderse vagamente hacia el Sur comprendía el Archipiélago Canario, como dependencia del Obispado de Rubicón, sufragáneo de la matrícula de Sevilla.

Árabes.—La formación del imperio árabe, en brusca y desmesurada expansión, es uno de los más grandes y sorprendentes hechos históricos. El árabe, individualista, refractario a toda disciplina, acostumbrado a la vida nómada, parecía incapacitado para la unión y para todo gran esfuerzo. Y sin embargo, en la primera mitad del siglo VII, la palabra de un profeta, Mahoma, le enardece y lo inesperado se realiza, a tal punto que a finales del mismo siglo la costa Norte de Africa, que pertenecía en su mayor parte a los bizantinos, había caído en poder de los árabes convertidos al islamismo. De esta parte del mundo salió una numerosa escuadra para invadir España, hecho histórico que no fue coronado por la victoria por haber sido derrotados por los visigodos.

Capitulada en el año 642 Alejandría en Egipto, los árabes tomaron posesión de la Cirenaica, entraron más tarde en Tunicia y Kairuan, y después de evitar las costas y plazas fuertes, hicieron incursiones hasta Marruecos, donde en una de ellas fueron sorprendidos por los berberiscos, que los desalojaron de Kairuan. Cinco años después los árabes se rehacen, vuelven a tomar esta plaza, y transcurridos diez años más de lucha, quedan vencidos los bizantinos y los berberiscos, cayendo toda Africa en poder del Imperio de los Califas. Desde Tánger desembarcaron en el año 711 en Gibraltar unos miles de soldados árabes y berberiscos, los cuales en siete años terminaron por conquistar casi toda España.

Esta invasión y conquista y la necesidad sentida por sus nuevos dueños de guardar las dilatadas costas atlánticas y mediterráneas

de los saqueos de piratas, algaradas de cristianos y sorpresas de normandos, les obligó a crear y sostener una poderosa armada que estrechara los vínculos de raza, religión y costumbres entre los árabes españoles y los de Africa. Ello dio lugar a que, a fines del siglo X según unos y del siglo XII según otros, se citara, poniéndolo en duda, la expedición de Ben Farrouck, al frente de 130 hombres; que atravesó la Isla de Gran Canaria de Sur a Norte, para pasar después a las restantes. En cambio, parecen tener más visos de certeza las descripciones que nos hacen El-Idrisi a mediados del siglo XII e Ybn Jaldun tiempos después, respecto a la llevada a cabo por los magruinos o aventureros. Sea ello lo que fuere, los árabes las denominaron con el nombre de Kaledad el Yrsair al Kalidad, sin que sepamos si tuvieron intención de colonizarlas.

* * *

Durante el transcurso de la Edad Media, el conocimiento que se tenía de las Canarias se fue perdiendo, hasta el punto de que siendo ellas objeto de incursiones por parte de los navegantes españoles, portugueses, normandos y genoveses, sólo existió su recuerdo en la mente de los eruditos. Y es llegado el siglo XIV, comenzada la navegación de altura, cuando vuelve a hablarse de las Canarias en el ámbito geográfico, pues las expediciones llevadas a cabo por catalanes, mallorquines, genoveses y castellanos, con el carácter de piraterías, en armonía con las costumbres y métodos de la época, llegaron a señalarse por la existencia de esclavos procedentes del Archipiélago en diferentes puntos del Mediterráneo y costas atlánticas de Francia. Así tenemos las que efectuaron a fines del siglo XIII, costeano la costa de Africa, los hermanos Vivaldi, según el itinerario de Antonio Usodimare, expedición que diez años después repitieron otros hermanos Vivaldi, también genoveses, aun cuando se duda de su veracidad, no obstante la afirmación de Petrarca al atestiguar que antes que él naciera, en 1304, una flota genovesa había llegado a Canarias.

Por el contrario, tenemos como seguras: la de Lancelotto Malocello, que puso pie en Lanzarote con sus genoveses hacia 1312-1330; la de Angiolino del Teghia en 1341, que visitó todas las Islas al frente de una expedición salida de Lisboa pilotada por Nicoloso da Rec-

co, compuesta por florentinos, genoveses y castellanos; las de Tedisio Doria y otros.

Años después, como los portugueses dejaron de ocupar el puesto que tenían en el Atlántico y que los hizo convertir en el pueblo más detentador del Océano, vinieron los mallorquines a sustituirles, como lo demuestran las expediciones llevadas a cabo en 1342 por Francesch Desvalers y Domenech Gual, la de Jaume Ferrer en 1346 y la de Arnau Roger en 1352. A este propósito es curioso ver, en el "Atlas Catalán" de 1375, dibujada la costa occidental de Africa hasta el Sur de las Canarias, donde aparece frente al Senegal un navío con bandera catalana y una inscripción en la que se lee: "Es el bajel de Jaume Ferrer partido el 10 de agosto de 1346 día de Sant Llorenc (San Lorenzo) en dirección al Senegal".

En el último tercio del siglo XIV alternan con los mallorquines, en sus visitas a las Islas, otros navegantes de origen peninsular, en particular vizcaínos, gallegos y andaluces. Entre los primeros cabe señalar a Martín Ruiz de Avendaño, que visitó Lanzarote hacia 1377; entre los segundos, a Fernando de Ormel, conde de Ureña, según se dice, que recorrió en 1386 las costas de la Gomera, y entre los últimos, a Gonzalo Pérez Martel, señor de Almonaster, que en 1393 transitó con detenimiento por todas las Islas, causando estragos a los naturales y recogiendo numerosos esclavos que llevó a Sevilla.

La ruta de las Canarias se iba haciendo así familiar a los pueblos marítimos de Occidente, en particular a los del mediodía de Europa, faltando tan sólo la posesión definitiva de las nuevas tierras con los medios militares precisos.

Entre tanto Juan I de Portugal, aliado con el Duque de Lancáster en las guerras con los Trastámaras de Castilla y padre de don Enrique el Navegante, impulsor de la expansión portuguesa, ordenó, al mando de éste, las expediciones al Africa en los años 1412 y 1430, tierras que, como hemos dicho, habían sido exploradas por los catalanes; los portugueses no pasaron del Cabo Bojador, cumpliendo órdenes del mismo príncipe, fundadas en la creencia de que más allá de este sitio se formaban terribles tempestades.

* * *

Llegado el siglo xv, pues, tienen lugar las excursiones hispano-portuguesas, después de existir cierta rivalidad, desde el advenimiento de la Casa de Avis, por cuestiones marítimas, entre las Coronas de Castilla y Portugal, porque una y otra buscaban en el Norte de Africa la seguridad de su propio suelo. Y como es de todos sabido, las iniciaron los portugueses conquistando Ceuta; mas antes de haber tenido lugar la entrada en Tetuán, los soldados y marinos de Castilla dieron comienzo a la conquista de las Islas, dirigidos por Juan de Bethencourt y Gadifer de la Salle, el primero de los cuales después de haber puesto pie en Lanzarote al frente de una expedición francesa salida de Normandía, pasó a España, en el año 1402, para prestar homenaje al rey Enrique III de Castilla. Tres años después fueron por ellos sometidas las Islas de Fuerteventura y Hierro, quedando sin ser dominadas las de la Gomera, Gran Canaria, Tenerife y La Palma.

* * *

No cesaron, sin embargo, con la posesión de estas Islas, cuyas páginas y hechos gloriosos se leen en las historias de Canarias, las expediciones al mar Atlántico de los portugueses y volvieron a despertarse los atrevidos proyectos de navegación por el Sur de Africa, enviando una escuadra al mando del almirante don Fernando de Castro, primero, en 1424, y otra más tarde, en el año 1427, a las órdenes de Antonio González de la Cámara, a las Islas de La Palma, Gomera y Hierro, en sus frecuentes viajes a la Guinea. Prosiguieron durante el segundo tercio del siglo xv, con ocasión de ser concedida por Enrique IV de Castilla merced de conquista de las tres últimas Islas citadas a dos próceres portugueses, los condes de Atouguía y Villarreal, y que éstos cedieron a Enrique de Portugal. Posteriormente el Príncipe D. Fernando envió la última al mando de Diego de Silva, el que después de saquear Lanzarote y Fuerteventura pasó a la de Gran Canaria, contrayendo a poco matrimonio en Lanzarote con doña María de Ayala y Sarmiento, terminando con esta unión las disensiones entre españoles y portugueses. Años más tarde, el Papa Sixto IV aprobó el Tratado de Alcázovas de 1479, celebrado entre los monarcas de España y Portugal, mediante el cual los primeros quedaron dueños de las Canarias y del Océano Atlántico ex-

tendido hasta ellas, y los segundos del resto de las islas y el mar no incluido en la cláusula anterior.

Terminada la conquista de las cuatro primeras Islas, según acabo de decir, la Corona de Castilla asumió la de las restantes, en su noble y generoso ideal de civilización y cristianización, después de celebrado un pacto en el año 1477 con Diego García de Herrera y su mujer, en virtud del cual renunciaban éstos a sus derechos a la conquista de las tres Islas grandes a cambio de recibir, como indemnización el dominio útil de Lanzarote, Fuerteventura y Hierro y se dice que el título de Condes de la Gomera.

Así las cosas, la conquista de Gran Canaria (1480-1483) la llevó a cabo primero Juan Rejón y luego el capitán Pedro de Vera, auxiliados diplomática y económicamente por el obispo Juan de Frías y ayudado el segundo por el rey indígena o Guanarteme, el que, bautizado con el nombre de don Fernando y apadrinado por los Reyes Católicos, medió y actuó con gran lealtad, después de haberse sucedido escenas memorables por parte de invasores e invadidos que se citan en las crónicas. Asimismo don Fernando cooperó también, en unión de otros caudillos canarios, a la conquista de la Isla de La Palma (1493), dirigida por don Alonso Fernández de Lugo, el que a su vez sometió a Tenerife (1494-1496) con gente de Andalucía e indígenas, ayudado por el Mencey Añaterve de Güimar, jefe del partido españolista de la Isla. Estas tres últimas, por tanto, fueron incorporadas a la Corona de Castilla en los años 1483, 1493 y 1496.

* * *

Hemos visto, pues, por la reseña histórica que antecede, la serie de incursiones que padecieron las Islas procedentes de toda la cuenca del Mediterráneo y de las naciones occidentales del Atlántico europeo. Es lógico pensar que ante ellas reaccionaran los primitivos pobladores del Archipiélago, vibrando en todas sus manifestaciones, pues cada Isla tenía su manera de vivir y encerraba en su alma la virginidad de una cultura limitada por el horizonte.

De ahí el que sus habitantes acogieran y recogieran de sus visitantes cuanto llevaba implícito un intento de adelantamiento con el más sublime de los sentimientos, porque todos experimentaban y tenían el deseo innato de perfeccionamiento en su afán de conocer

los medios para prolongar la vida. Nadie puede, por lo tanto, poner en duda que cada uno de los pueblos invasores tenía sus costumbres, sus modismos, sus tradiciones populares y que fueron poco a poco infiltrándose en el cuerpo y en el alma de los isleños, hasta ir mixtificándolos como resultado del cruce habido entre ellos. No podía, por consiguiente, escapar a este influjo la llamada medicina preventiva, representada por las prácticas curanderiles de los aborígenes y por las creencias médico-populares de los invasores y conquistadores, creencias que alcanzaron límites de verdadero fanatismo cuando los enfermos de aquella época observaron que su primer núcleo de remedios iba engrosando la fe en sus destinos, con el aflujo de los que, por proceder de otros sitios tan lejanos, se consideraban como de mayor acción curativa.

Quede, pues, como deducción importante de lo que queda manifestado, la aportación que para el estudio de la medicina de los canarios prehispanicos trajeron los pueblos ribereños del Sur y Oeste de Europa y Noroeste de Africa.

CAPITULO II

LOS ABORÍGENES EN EL MOMENTO DE LA CONQUISTA. ANTROPOLOGÍA CANARIA.

Cuando Juan de Bethencourt, Pedro de Vera y Alonso Fernández de Lugo, en el transcurso del siglo xv, conquistaron las siete Islas Canarias, vivía en ellas un pueblo interesante desde los puntos de vista antropológico, etnográfico y prehistórico. Es fácil comprender, por consiguiente, que durante los años que duró la conquista nada pudieron legarnos los que, comprometidos en la empresa militar, tenían por norma y propósito someterlas cuanto antes a la Corona de Castilla, que por entonces daba días de gloria a nuestra patria, dueña de las tierras y de los mares.

Fue después, posteriormente a esta fecha histórica y como resultado de los estudios e investigaciones llevadas a cabo sobre sus moradores por los numerosos viajeros que a ellas arribaron, y por los científicos que aprovecharon el material procedente de estas Islas y el existente en museos nacionales y extranjeros, cuando em-

pezaron a fundarse los cimientos sobre los que había de asentarse la historia de los antiguos canarios, avalados con los documentos que la tradición ha conservado. Con el transcurso de los años, como es natural, se han rectificado muchos errores, a la par que se han aclarado otros, sin que ello quiera decir que algunos de los problemas antropológicos, etnográficos y prehistóricos que palpitan cada día hayan sido resueltos definitivamente.

Y uno de ellos, acaso el más interesante, es el que se refiere a las razas que habitaban las Islas cuando fueron conquistadas para los Reyes Católicos, que si bien en parte está en vías de solución, aún sostienen diversas opiniones algunos de los maestros que del mismo se han ocupado.

Estudios efectuados durante los últimos cien años.—No escapará a las personas que me lean, que todos nuestros historiadores nos dan noticias sobre los caracteres físicos y morales de los primitivos habitantes del Archipiélago; pero, como ellos no tienen fundamentos científicos en qué apoyarse, me referiré concisamente a los estudios efectuados en el transcurso de los últimos cien años por los autores que se detallan a continuación, los cuales establecen conclusiones que están sirviendo de base a estudios posteriores.

Webb y Berthelot, en su *Historia Natural de las Islas Canarias*, nos dicen que las Islas fueron colonizadas por diversas tribus bereberes antes de que los árabes llegaran a Africa.

Quatrefages y Hamy, en *La race de Cro-Magnon dans l'espace y dans le temps* y en *Crania ethnica*, fueron los primeros que nos dieron a conocer la semejanza existente entre los cráneos canarios y la primitiva raza de Cro-Magnon. Este descubrimiento, camino de la verdad, que abrió un ancho campo a la investigación, constituyó la base de las primeras conclusiones admitidas por la Ciencia, pues demostró que los "canarios", como los hombres de la Vezère de Cro-Magnon, eran dollicocéfalos, tenían la cara más estrecha en su base que en la parte alta, causa de la desarmonía que guardaba con el cráneo, y poseían órbitas bajas y anchas y nariz fina.

Estas observaciones no pudieron menos de ser recogidas más tarde por René Verneau, director honorario del Museo Canario de Las Palmas, el antropólogo que más tiempo ha dedicado a estudiar el problema racial de Canarias. De sus estudios dedujo que los

primeros pobladores que nos ocupan pertenecían a cuatro tipos diferentes: 1.º, el guanche, con todos los caracteres de Cro-Magnon; 2.º, el semita, que creyó emparentado con el árabe; 3.º, un elemento braquicéfalo de origen desconocido, y 4.º, un tipo bereber muy escaso.

Chil y Naranjo, fundador de la primera sociedad cultural de Las Palmas citada, en su *Memoire sur l'origine des Guanches ou habitants primitifs des Iles Canaries*, presentada al Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas en París en el año 1878, nos dice que la población canaria se formó en su origen por los elementos de la raza de Cro-Magnon y que posteriormente los fenicios y los bereberes la modificaron con cruzamientos. "Así —son sus palabras— se formó con el tiempo la raza guanche, que fue la que se encontró cuando la Conquista y que era ya distinta de las originarias".

Sergi, por su parte, manifiesta que los "canarios" formaban parte del gran tronco camítico, por cuya razón los llama bereberes isleños, y que ellos no procedieron de Europa, como dice Verneau, sino del Africa Occidental.

Von Luschan, en sus estudios antropológicos publicados en el año 1896 en la "Zeitschrift für Ethnologie", nos dice que los "canarios" pertenecieron a tres tipos: 1.º, el guanche, caracterizado por tener estatura alta, cabeza grande, ojos grandes y dolicocefalia; 2.º, otro, distinguido por ser de estatura mediana, cara larga y estrecha, nariz fina y mesocefalia, y un 3.º más bajo que el anterior, caracterizado por tener cráneo corto, ancho y alto, nariz fina y cara estrecha, a tal punto que lo emparentaba con los presemítas armenoides del Asia Menor.

En el año 1915, Hooton estuvo en Canarias y de sus estudios, publicados en "Harvard African Studies" con el título de *Los antiguos habitantes de Canarias*, dedujo que la población se dividía en cinco tipos: 1.º, el nórdico; 2.º, parecido al nórdico; 3.º, braquicéfalo, al que llamó alpino mongoloide; 4.º, negroide, y 5.º, guanche, al que no consideró como descendiente directo de la raza de Cro-Magnon, sino como un mestizaje entre dólico y braquicéfalo, causa a la que se debía la forma inarmónica de la cabeza.

Francisco de las Barras de Aragón, en sus estudios publicados

durante los años 1922 al 1929 en las "Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria", confirmó la existencia de rasgos cromañoides en los cráneos canarios conservados en el Museo de Madrid.

Tamagnini, por su parte, en sus publicaciones *Etat actuel de nos connaissances sur les anciens habitants des Iles Canaries* y *Os antiguos habitantes das Canarias*, aparecidas en los años 1931 y 1932, diferenció cuatro tipos: 1.º, dolicocefalo, leptoprosopo y leptorrino; 2.º, dolicocefalo también, pero camoprosopo y platirrino; 3.º, braquicefalo, y 4.º, el guanche, con sus afinidades cromañoides, al que consideró, como von Luschan, producto del mestizaje de los dos primeros y, por consiguiente, la causa de la disarmonía ya descrita.

Fischer, en el año 1930, partiendo de medidas tomadas en el vivo durante el tiempo que permaneció en Santa Cruz de Tenerife, estableció cinco tipos, a los que llamó mediterráneo, bereber (variante del anterior), oriental, de nariz arqueada y ojos de almendra (¿semita?), alpino y Cro-Magnon.

Frederic Falkenburger, en su *Ensayo de una nueva clasificación craneológica de los habitantes antiguos de Canarias*, publicado en la revista española antes citada en el año 1942, presenta la novedad de que sus conclusiones están basadas en el estudio de los índices faciales (facial superior, orbitario y nasal), a diferencia de todos los que llevamos expuestos, que han sido fundamentados en el de los índices cefálicos, que no presentan grandes diferencias. En él establece cinco tipos: 1.º, guanche o Cro-Magnon, caracterizado por tener cara baja o media, órbitas bajas y nariz fina o media; 2.º, negroide, mezcla del anterior y un elemento prebosquiano, caracterizado por poseer cara baja o media, órbitas bajas o medias y nariz ancha; 3.º, mediterráneo, representado por poseer cara alta o media, órbitas altas o medias y nariz fina o media, caracteres que le hacen dar un parecido a los antiguos cráneos españoles y egipcios; 4.º, mixto, que muestra todas las posibles variaciones de índices faciales, y un 5.º braquicefalo, que fue el primero que se encontró durante la guerra púnica en Cartago y Egipto.

Pérez de Barradas, en su *Manual de Antropología*, publicado en el año 1946, dice que los guanches, o sean los pobladores de Ca-

narias cuando la conquista, eran un pueblo camita, cuyos rasgos se conservan en la población actual, donde se encuentran hombres altos, de piel blanca, pelo con frecuencia rubio, ojos claros y con el cráneo que recuerda, según muchos autores, al de la raza fósil de Cro-Magnon.

Kelso de Montigny, por su parte, establece tres tipos con los caracteres siguientes: 1.º, cromañoiide puro, visto de perfil y algo menos de frente, pues al no tener los ángulos de la mandíbula evértidos, demuestra que en ellos hay algo de sangre mustérida (raza de Neanderthal), con lo que se prueba que esta raza no está extinguida, como pretenden Marcelino Boule y otros antropólogos; 2.º, predominantemente nórdico, porque el perfil craneano visto en norma verticalis no forma una elipse perfecta, sino ligeramente pentagonal, su nasio situado en una brecha profunda y estrecha, su nariz aguileña y ser poca la distancia existente entre la espina nasal y el prostio, y 3.º, turánido, mal llamado armenoide (braquicéfalo), mezclado con el tipo mediterráneo, por ser una de sus características la frente perfectamente vertical y haber llegado probablemente a las Canarias con los fenicios, en los que abundaba este tipo.

Los cráneos de los primitivos pobladores.—Expuestas las opiniones de los más importantes antropólogos y arqueólogos españoles y extranjeros y vistas las diferencias que con respecto a algunos tipos han señalado, ya que en lo fundamental están de acuerdo, ¿cabe llegar a conclusiones que puedan permitir una clasificación que sea la base de estudios posteriores, puesto que, como dije al principio, quedan aún por resolver algunos problemas antropológicos, etnográficos y prehistóricos?; ¿cabe establecer de una manera concreta la existencia de tipos parciales con predominio en la herencia, ya que es un hecho conocido que desde los primeros años del siglo xv se propusieron los europeos someterlas a su dominación?

Si repasamos la historia de estas Islas, tan fecundas en circunstancias crónicas, recordaremos que durante las Edades Antigua y Media los egipcios, etruscos, persas, fenicios, cartagineses, romanos, árabes, genoveses, catalanes, normandos, portugueses, gallegos, mallorquines y andaluces, al decir de aquéllos, hicieron des-

cripciones de expediciones a estas Islas, que se basan en documentos y estudios inseguros; pero nadie puede poner en duda la posibilidad de cruzamientos con los nativos. Si a ello añadimos que durante el siglo xv tuvieron lugar incursiones organizadas, toda vez que en sus comienzos las Canarias eran conocidas geográficamente por las naciones que ocupaban las orillas del Mediterráneo y que numerosos esclavos nacidos en el Archipiélago se encontraban con frecuencia diseminados por varias comarcas de Francia, Génova, Venecia, Castilla, Aragón y Portugal, se comprenderá que en muchos cráneos de los primitivos pobladores habrían de encontrarse estigmas o señales reveladores de la estancia y cruce entre invasores e invadidos. De ahí las numerosas descripciones de los antropólogos que a primera vista dan lugar a desorientación en el problema, el que estudiado con más detenimiento permite llegar a conclusiones que sirvan de puerta de entrada a nuevas investigaciones.

Valiéndose de todo el material antropológico existente en los museos de París, Madrid, Santa Cruz de Tenerife y en especial del que posee el Museo Canario de Las Palmas de Gran Canaria, que guarda espléndidas colecciones, catalogadas y revisadas por el Profesor Verneau, y en las cuales ha logrado el que esto escribe establecer ensayos de Paleopatología humana, fueron descritos por este antropólogo tres tipos perfectamente independientes, dadas sus características, sobre las cuales, modificadas, han establecido las suyas los demás autores.

PRIMER TIPO.—*Caracteres antropológicos* (fig. 1).—Observando el cráneo visto de frente, apreciamos que tiene la cara ancha y corta, los arcos superciliares muy desarrollados en su parte interna, las órbitas bajas, anchas y rectangulares, la nariz mediana y saliente, el maxilar superior relativamente estrecho y algo prognato y la mandíbula inferior con mentón ancho y saliente. Visto de perfil anotamos la frente bien desarrollada, la bóveda aplastada con otra depresión en la parte inferior de los parietales y superior del occipital y la protuberancia externa bien pronunciada. Si lo vemos por encima, apreciamos la forma pentagonal de la bóveda, como resultado del desarrollo de las eminencias parietales, y si lo miramos por detrás confirmaremos los datos acabados de exponer.

De los factores apuntados esquemáticamente sacamos la conclusión de que la cara de este tipo, más estrecha en la base que en la parte alta, contribuye a la disarmonía que guarda con el cráneo, pues ya sabemos que un cráneo alargado, para ser armónico, necesita una cara alta, y esta que describo es más bien baja.

Ahora bien, ¿a qué raza pertenece el cráneo que acabamos de describir?

Si repasamos la Antropología de la segunda mitad del siglo XIX, veremos que fue el profesor francés Broca el que, estudiando el ejemplar descubierto en Dordoña (Francia) el año 1848, perteneciente a la raza de Cro-Magnon, evaluó su estatura en 1,80 metros y nos dijo que su cráneo era dolicocefalo, su índice cefálico de 73,7, su capacidad craneana de 1.590 c. c. y la bóveda craneana elevada (hipsicéfala). Al mirar su contorno, por arriba es pentagonal debido al saliente de las bolsas parietales, y si se le observa de perfil, la frente aparece levantada por encima de los arcos superciliares, que son relativamente poco salientes, y la bóveda desarrollada, siguiendo una curva regular en las regiones anterior y media, en tanto que forma un vasto semiplano en la parieto-occipital.

Al describir la cara nos señala que es relativamente baja y muy ancha, en tanto el cráneo lo es estrecho y largo; de ahí la explicación de su disarmonía. Por debajo del frontal, que es ancho y alto, medianamente abovedado, se abren las órbitas igualmente muy anchas y de bordes casi rectilíneos. Los pómulos son fuertes y salientes y la nariz estrecha, larga, fina y leptorrina, porque los huesos nasales se proyectan hacia adelante. El maxilar superior, comprimido al nivel de las arcadas dentarias, presenta un prognatismo bastante pronunciado, y la mandíbula inferior, robusta, presenta una barbilla triangular y prominente. Los huesos largos acusan una talla muy elevada (1,80 a 1,82) y una conformación atlética con las impresiones musculares muy vigorosas; de ellos, el fémur presenta una línea áspera muy desarrollada, y la tibia, forma aplanada en lámina de sable (tibia platicnémica).

La raza de Cro-Magnon originaria de este tipo.—Si comparamos ahora estos caracteres con los que presentan muchos cráneos de los primitivos pobladores de Canarias descritos más arriba, nos daremos cuenta seguidamente de la gran semejanza que existe

entre ellos, semejanza que se ve agrandada cuando se comparan entre sí los caracteres étnicos, según referiré más adelante. De ahí el que se pueda afirmar, y en esta opinión están contestes todos los autores, que la raza humana fósil de Cro-Magnon se asentó en las Islas desde que fueron habitadas. Pero al llegar a este punto surge inmediatamente la cuestión siguiente: ¿cómo llegó a las Canarias esta raza que ha producido cambios profundos en la existencia del hombre, por los progresos que ha llevado a cabo?

Asentada en el Perigord durante la Era Cuaternaria, donde parece tuvo su centro principal, se extendió por el Norte hasta Bélgica y Holanda, por el Este hasta el Meuse y por el Sur en una vasta región que llegó hasta las tierras de Labour en Italia. En todos estos sitios quedó demostrada la existencia de la raza por los representantes suministrados en gran número de poblaciones de la época actual, bien puros o mestizados, y por los numerosos hallazgos encontrados en las sepulturas neolíticas de varios lugares franceses.

¿Quiere esto decir que en este gran espacio quedó encerrada la raza histórica que me ocupa? De ninguna manera, pues si bien la raza de Cro-Magnon ha persistido en los sitios donde ha existido, nadie puede negar el que haya podido enviar migraciones en distintas direcciones, pues un hecho que observamos frecuentemente es el de ver grupos humanos desplazados del lugar que les vio nacer, abandonando a sus hermanos y patria, para dirigirse hacia nuevas comarcas, aun careciendo de medios de locomoción. A este propósito Quatrefages decía que la imperfección del estado social favorecía la diseminación de la especie humana, y que los pueblos cazadores, como eran los hombres de Cro-Magnon, por las necesidades que les imponen su género de vida y los instintos que desarrolla, necesitan vivir en grandes espacios.

La raza de Cro-Magnon en España.—Al fin de la Era Cuaternaria nuevos individuos vinieron a disputar el suelo a los viejos trogloditas y es por tanto en esta época cuando tienen lugar, en mayor proporción, las emigraciones de la raza. Unos marcharon al Norte, otros al Sur y otros permanecieron en sus sitios, conservando su tipo primitivo o mestizándose con los recién llegados.

Dejando a un lado las emigraciones hacia el Norte, podemos

decir que las del Sur siguieron dos direcciones: una hacia el Sureste, que se ha podido apreciar en Italia hasta la tierra de Labour, y otra hacia el Suroeste, que llegó a Portugal después de haber atravesado la Península Ibérica. La raza de Cro-Magnon pertenece al Paleolítico Superior, y España no podía dejar de contribuir a la reconstrucción de esta raza primitiva, gracias a los estudios de los antropólogos españoles Antón, Hoyos, Olóriz y otros, y a los del francés Verneau, sobre nuestros primitivos restos humanos. A esta raza corresponden el cráneo de Monóvar, en Alicante; los 17 prehistóricos existentes en el Museo Antropológico de Madrid (14 de la época neolítica), encontrados en Oviedo, Segovia y Andalucía; los de la Edad del Bronce hallados en la tumba de Baza (Granada); el defectuoso cráneo hecho presente por el Padre Lorenzo Sierra en Camargo (Santander), y la gran cantidad de huesos humanos hallados en las cuevas de la fase magdaleniense. El género de vida que llevaba este hombre es idéntico al del resto de Europa, y nos es mostrado en los yacimientos y estaciones que de él nos quedan. Con el frío del Paleolítico Superior se refugió en las innumerables cavernas de nuestra zona cantábrica y levantina; apareció el reno; empleó en el arte sus ratos de ocio; usaron vestidos y adornos, y trabajaron el hueso y la cerámica con la perfección que muestran los abundantes restos de las estaciones españolas.

La evolución del Paleolítico al Neolítico tiene en España su manifestación con el desarrollo de una fase típicamente española que se la conoce, por su localización, con el nombre de Asturiense. Al llegar al Neolítico, España se puebla de restos y monumentos que muestran el alcance a que llegó aquella civilización, siendo los más característicos la cueva de los Murciélagos, entre Granada y el mar; las cuevas de Menga y del Romeral, a la derecha de Antequera, en la provincia de Málaga; abundantísimos dólmenes y menhires en Gerona, los castros y mamoas en Galicia y los monumentos megalíticos en Baleares. Los adelantos logrados por esta raza durante el Neolítico se muestran palpables en nuestros monumentos, en la construcción de grandes cámaras y en la aparición de molinos de triturar, adelantos demostrativos de que no les era desconocida la agricultura. La diadema de oro y las conchas de la

misma cueva nos hablan de su afán por la ornamentación, y la abundancia de castros de la región gallega explica su organización social en tribus que buscaban la defensa contra los ataques enemigos.

Todos estos hallazgos han demostrado que la raza de Cro-Magnon vivió en España y estaba extendida por toda la Península, esto es, desde Oviedo hasta Andalucía.

La raza de Cro-Magnon en Africa.—Conocida la parte septentrional de Africa, que se extiende desde la costa mediterránea hasta el límite septentrional del bosque tropical del Africa Central, con el nombre de Africa blanca, en atención a que en ella no hubo negros, los maravillosos hallazgos de esqueletos encontrados por investigadores franceses en sepulturas situadas en los límites Norte y Sur del Sáhara han demostrado que desde el principio esta región fue habitada por la raza de Cro-Magnon del Período Glaciar. Este período glaciar de Europa correspondió a un período fluvial de Africa blanca, y todo el espacio que hoy ocupa el desierto estaba entonces cubierto por sabanas y bosques, los valles llenos de lagunas y ríos, los montes poblados de árboles y el campo y el ganado alimentaban a los hombres, a cuyo lado existían tribus o cazadores de cultura inferior.

Por otro lado, las investigaciones de Bourquinat y Mac Carthy y la del general Faidherbe han demostrado la existencia de la raza de Cro-Magnon en las sepulturas megalíticas de Koknia, en los monumentos también megalíticos de Túnez, Argelia y Marruecos y en los individuos de gran talla, rubios y de ojos azules existentes en el Africa blanca.

La raza de Cro-Magnon en Canarias.—Con la existencia de gentes rubias entre los canarios quedaba establecido, por lo que acabamos de decir, una unión con el Noroeste de Africa, donde aquellos individuos, de gran talla, recordaban a los rubios bereberes del Atlas, desde antiguo conocidos. Las investigaciones de Bertholon y Chantre, publicadas en su obra *Recherches anthropologiques dans la Berberie orientale*, y las comparaciones hechas entre los cráneos canarios con los del Egipto antiguo, según el trabajo de Oettinger, confirmaron estos asertos.

Por otra parte, Wölfel, en sus estudios comparativos del idio-

ma de los antiguos canarios con las lenguas bereberes, el antiguo numídico y los idiomas de los haussas, y los llevados a cabo sobre pinturas rupestres de animales domésticos, costumbres, cultura, material de reglamentación del reparto de aguas, etc., ha creado fuentes de investigación que han confirmado la existencia de esta dependencia antropológica de muchos de los aborígenes con la raza de Cro-Magnon. Es preciso, a este propósito, recordar que con los períodos glaciares y las épocas interglaciares y postglaciares, la flora y la fauna se desplazaron de Europa hacia Africa y con ellas el hombre, en el caso de que por entonces existiera. El Mediterráneo era un puente que unía tierras firmes, y España era el máximo mediador entre la Europa Occidental y Africa del Norte. Todas ellas formaban una gran unidad, dentro de la cual existía el mar Mediterráneo con carácter de mar interior. A esta unidad pertenecían las Islas Canarias.

Podemos decir, pues, en el estado actual de nuestros conocimientos, que el mismo tipo que vivía desde el principio de la Epoca Cuaternaria en el Valle de La Vezère, existía en España durante la Epoca Neolítica, vivió en Africa antes de la Epoca Romana y en el Archipiélago Canario hasta el siglo xv, donde, en el momento de la conquista española, se encontraban todavía en las Islas individuos que ofrecían este tipo puro o apenas alterado. ¿No parece natural pensar que la raza de Cro-Magnon haya emigrado hacia el Sur y que por lo tanto las Islas Canarias fueron la última etapa de los viejos cazadores de La Vezère?

Hay, por consiguiente, que rechazar la idea de que la emigración haya tenido lugar en sentido contrario, como dice Verneau, por cuanto los aborígenes no han podido vivir en las Islas en la época en que aquellos que se consideraban como sus antecesores cazaban los grandes animales cuaternarios en el Valle de La Vezère.

Representantes de la raza de Cro-Magnon en las Islas.—Al llegar al Período Neolítico o de la piedra pulimentada, ya en avanzada prehistoria, el Norte de Africa, donde acabamos de decir persistió la raza de Cro-Magnon, fue dominio de las razas blancas de Africa, viviendo en él pueblos totalmente diferentes desde el punto de vista de la civilización, pues siendo inhabitable Europa en extensas proporciones en el Período Glaciar, el Norte de Africa, por contraste,

ofrecía condiciones ideales de vida. Ello dio lugar a que al lado de un pueblo marcadamente civilizado como fue el egipcio, se encontraban los etíopes, babilonios, griegos, fenicios y romanos, interviniendo y mezclando su sangre con los de la antigua población, hasta que en el siglo VII los árabes comenzaron a invadir el Africa del Norte, llegando hasta el Océano Atlántico, y por el Este y por el Sur hasta el Sudán, invasiones que dieron lugar a filtraciones en todas las poblaciones negras.

Esta complejidad de pueblos da idea de la importancia del problema étnico del Africa del Norte, cuya población estaba subdividida en varios grupos, de los que el más importante fue el de los bereberes. Como es lógico suponer, sufrieron la influencia de los pueblos que les invadieron, y así adoptaron de los cartagineses sus divinidades, de los romanos su religión y de los árabes musulmanes el islamismo. Sin embargo, a pesar de estos cruzamientos, una parte del elemento berebere permaneció intacto, sobre todo aquellos que, para conservar su independencia, se retiraron hacia los confines más alejados de la zona ocupada por los árabes y los que fueron a vivir en las regiones difícilmente accesibles de los macizos montañosos, donde conservaron una situación preponderante que perduró hasta el siglo XVI, fecha en que los españoles y turcos les hicieron perder su pureza.

Eran los bereberes hombres, en su mayor parte, de gran talla, bellos, robustos, con piel apenas ligeramente morena y cabellos generalmente negros; y otros, los menos, de piel blanca y cabellos rubios. La cabeza, dolicocefala, estaba relativamente poco desarrollada en el sentido vertical y muy ancha al nivel de las abolladuras parietales, con un occipital haciendo prominencia hacia atrás en forma de abrazadera, lo que daba al cráneo una forma pentagonal. La frente, bien desarrollada en todos sentidos, sobremontaba a una cara sin prognatismo, que en lugar de ser alargada como el cráneo, era corta y larga al nivel de los pómulos. La nariz era recta, saliente y estrecha. Los arcos superciliares presentaban un relieve pronunciado en su parte interna, con espesas cejas que cubrían ojos largamente hundidos y perfectamente horizontales. El mentón, bien destacado, tenía forma triangular más que cuadrada.

Los bereberes, que ocupaban todo el Norte de Africa antes de

los tiempos históricos, se encuentran hoy diseminados desde Egipto a Marruecos y desde el Mediterráneo al Senegal. Se distingue en ellos dos tipos, el rubio y el moreno, más extendido éste que aquél, y pueden ser divididos en dos grandes grupos: los sedentarios de las montañas y los nómadas de las llanuras. Comprenden varias tribus, entre las que mencionaremos, como más importantes, las de los guanches, cabileños, touaregs y moros.

Pues bien, cuando las Islas fueron conquistadas, desde comienzos del siglo xv hasta los tiempos de los Reyes Católicos, la mayoría de los habitantes de algunas poseían los rasgos de los bereberes y por consiguiente los mismos caracteres antropológicos que personalizan a la raza de Cro-Magnon. De ahí el que lleguemos a la conclusión final de que tanto unos como otros proceden de esta raza prehistórica, afirmación que extenderemos a sus características étnicas, pues, como aquéllos, desconocían los metales y se valían para fabricar sus utensilios de rocas volcánicas que se prestaban difícilmente para el trabajo. Sabían, sin embargo, hacer objetos de alfarería y cestería, y con sus malas herramientas adornaban algunos recipientes de madera y construían mazas, jabalinas y lanzas. Salvo en Gran Canaria, donde sus habitantes confeccionaban, con juncos, especies de cortes, zagalejos y manteles, los guanches (tomando esta designación en sentido general, si bien su verdadero significado es la de habitante de la Isla de Tenerife) empleaban para vestirse pieles de cabra o de carnero. Asimismo hacían collares con las conchas, fragmentos de rocas o granos de tierra arcillosa secados al sol, y con portasellos labrados en tierra cocida ("pintaderas") grababan, en Gran Canaria, dibujos.

Los guanches vivían en grutas donde depositaban sus muertos, algunas veces después de haberlos momificado y envuelto en pieles cuidadosamente cosidas y superpuestas en número de cuatro, cinco, seis y más capas. Cultivaban los cereales y torrefactaban los granos antes de reducirlos a harina por medio de pequeños molinos parecidos a los de que se servían los romanos. A esta harina, conocida con el nombre de "gofio", le añadían leche y carne de sus rebaños, formados por cabras y ovejas. Cuidaban igualmente puercos y se dedicaban a la pesca.

Los guanches eran habitualmente dulces, pacíficos y muy hospitalarios y rodeaban a sus jefes de un gran respeto. Las mujeres eran siempre bien tratadas, existiendo entre ellas una especie de vestales (harimaguadas) que estaban rodeadas del mismo respeto de que gozaban los jefes masculinos. A pesar de su pacifismo, surgían algunas veces dificultades entre las tribus, que se resolvían en los combates, desplegando hombres y mujeres una bravura de la que pudieron dar cuenta los conquistadores. Tenían una religión naturista y creían en seres superiores, a los que rendían culto y ofrecían sacrificios.

En resumen, el individuo guanche fue, desde luego, el más abundante de las Islas, pero no el único; de aquí el error en que muchos no versados caen cuando hablan de que todos los pobladores canarios se llaman "guanches" y de que fueron los únicos que se encontraron cuando tuvo lugar la conquista. Como veremos a continuación, existían, además del guanche, otros elementos, aunque en menos abundancia, que tenían sus características propias y diferían completamente de aquellos por su civilización, su industria y también, según toda apariencia, por su lenguaje. Sabemos, además, que tiempos antes de aquel en que Juan de Bethencourt abordó las Canarias, estas Islas habían sido visitadas, algunas veces, por poblaciones salidas del Norte del Continente africano y por consiguiente estas arribadas de nuevos emigrantes dieron lugar a mezclas con los habitantes que las poblaban desde antiguo.

SEGUNDO TIPO.—*Semita*.—Ahora bien, ¿a qué tipo pertenecían estos grupos de individuos que existían en distinta proporción en cada una de las Islas?

Dije anteriormente que en el Norte de Africa, durante el Período Neolítico, vivieron pueblos totalmente diferentes desde el punto de vista de la civilización. Dije también que los árabes comenzaron a invadirlo en el siglo VII, llegando hasta el Océano Atlántico por el Oeste y hasta el Sudán por el Sur, infiltrándose, por lo tanto, en todas las poblaciones negras; y ahora añadiré que llegado el siglo XI se cruzaron en gran número con los indígenas bereberes. Ardientes partidarios del islamismo, penetraron arma en mano en

una gran parte de Africa y en la mitad aproximada de Asia, haciendo numerosos prosélitos.

Una vez abolida la barrera religiosa entre vencedores y vencidos, los árabes, además de cruzar su sangre con los bereberes, lo hicieron con los negros llegados en las caravanas como esclavos. De esta manera, predicando la doctrina de Mahoma, llegaron hasta el corazón de Africa y se asomaron a Egipto, Marruecos, Abisinia, Guinea y en toda la extensión comprendida desde el Golfo de Aden hasta la Cafrería. De la misma manera, al advenimiento del islamismo los árabes se extendieron por toda Siria, donde encontraron gran número de hermanos judíos, turcos, griegos, cretenses, etcétera. Así, y como resultado de estos cruzamientos, surgió el *tipo semita*, que en todos ellos, especialmente en el cruce sirio-árabe, se conocía por su talla mediana, piel ligeramente morena o blanca, cabellos negros rizados y abundantes, y, en el hombre, barba bien poblada y ojos rasgados.

Caracteres antropológicos.—El cráneo es francamente dolicocefalo y bien desarrollado en el sentido vertical; la frente, derecha, es poco elevada; la cara, alta y en forma de óvalo regular, teniendo los ojos en forma de sobremontado, de cejas espesas, bien dibujadas, pero con párpados bien pronunciados, nariz fuertemente deprimida y estrecha en su nacimiento, saliente, un poco grande en su raíz y aquilina. Los labios son carnosos, y el mentón redondeado y ligeramente prominente.

Si dirigimos la vista a la fig. 1, segunda fila, observaremos que vista de frente su cara es estrecha y alargada, sus arcos superciliares poco salientes, las órbitas más altas que en el tipo anterior, la nariz mediana y la mandíbula con mentón triangular, estrecha y saliente. Si la miramos de perfil, su frente es un poco menos abultada que la del guanche, y en su bóveda y base no existen aplastamientos. Observada por encima, la forma del cráneo es elíptica y alargada, por lo que guarda, en oposición también a la del guanche, armonía con la de la cara, notándose el desarrollo vertical del cráneo y el paralelismo de sus paredes cuando le vemos por detrás.

Los semitas en Canarias.—Del estudio y comparación de los caracteres de este cráneo con los generales de la raza semita, raza blanca de Asia, échase de ver la semejanza, por lo que hemos de

concluir diciendo que este tipo está representado por un hombre de menor estatura que el guanche (pues su altura oscilaba entre 1,65 y 1,67), con cabellos negros, ojos pardos y piel un poco oscura, aun cuando las mujeres más blancas y hermosas existían en Gran Canaria, La Palma y Hierro, menos en las de Tenerife, Lanzarote y Fuerteventura y escasas en la Gomera.

Todos estos caracteres les daban una fisonomía que hacía recordar a la de los árabes actuales de Argelia, y como los dientes y los huesos de la cabeza y del esqueleto eran más finos que los del tipo anterior, las gentes de este segundo tipo no eran tan fuertes y vigorosas como los guanches. Sin embargo, tenían un tipo de civilización más avanzada, como lo demostraba la construcción por ellos de verdaderas habitaciones de piedra seca y la existencia de fabricantes de tejidos y de pinturas corporales hechas por medio de las llamadas "pintaderas". Lo revela también su cerámica, las instituciones religiosas e inscripciones que poseían, las revelaciones culturales y los rasgos lingüísticos que unían a sus habitantes con el mundo neolítico africano. Esta raza fue la que trajo agricultores y ganaderos al Archipiélago, base del pastoreo que ejercieron los aborígenes.

TERCER TIPO.—*Negroide*.—Repartido entre las Islas, pero principalmente en Gran Canaria y la Gomera, encontró Verneau un tercer tipo, de carácter braquicéfalo o de cabeza corta, con baja estatura y narices anchas, cuyo origen al principio fue imposible conocer por existir en pequeña cantidad, pero más tarde, en el año 1915, al observar en muchos de los cráneos conservados en el Museo Canario un prognatismo a veces enorme, pensó que algunos individuos naturales del Continente africano arribaron al Archipiélago y ejercieron su influencia sobre una parte no escasa de la población. A este tipo lo llamó *negroide*.

Caracteres antropológicos.—Si volvemos a fijar nuestra vista en la fig. 1, tercera fila, nos daremos cuenta que de frente presenta cara externa alargada con maxilar superior ancho, órbitas muy altas, nariz mediana, mentón estrecho y saliente, prognatismo subnasal frecuentemente muy acentuado. De perfil, la frente es abultada y vertical, caracteres que la distinguen de los otros dos tipos;

bóveda craneana apenas aplastada, corta y sin prominencia del occipital; la forma pentagonal de la bóveda no es tan pronunciada como en el tipo primero. Por atrás se nota el desarrollo vertical del cráneo, con cierta sobreelevación de la región mediana antero-posterior.

Pues bien, en este tipo el carácter antropológico más importante, que le da personalidad y que le distingue claramente de los otros dos, es la braquicefalia, y como ésta no se formó en el Paleolítico Superior, en el que la dolicocefalia fue carácter dominante, hay que pensar que la formación del bloque braquicefálico tuvo lugar después de aquél, no sabemos si por emigración de razas braquicefálicas desde Asia, o por un proceso endocrino y de adaptación del medio montañoso a expensas de los pueblos mediterráneos, cuyo avance hacia el Norte fue comprobado en épocas prehistóricas.

Ahora bien, ¿de dónde procedieron estos pueblos que poseían además, como segundo carácter específico, la verticalidad de su frente?

Admitido este tipo por Von Luschan, que lo emparentaba con los presemitas armenoides del Asia Menor; por Hooton, que lo llamó alpino mongoloide; por Tamagnini, que se redujo a describirlo, sin establecer relaciones de dependencia con las otras razas; por Fischer, que la calificó de alpino, y por Falkenburger, que lo considera como encontrado en la guerra púnica entre Cartago y Egipto, no ha sido clasificado aún en sus propios términos, pues en el momento actual un hecho que la clasificación señala con claridad es que las tres grandes razas, la blanca o caucásica, la negra o negroide y la amarilla o mongoloide, no quedan limitadas a determinados Continentes, como tienen lugar actualmente con las partes caucasoides de Europa, Asia y Africa, que están situadas a derecha e izquierda del Océano Indico, y con el tronco mongoloide que habita en Oceanía, en el Este de Asia y en el Norte y Suramérica, casi rodeando al Océano Pacífico.

Este tipo, menos importante que los otros dos, fue considerado como vestigio de las gentes llegadas con los pueblos navegantes y colonizadores a partir del primer milenio antes de Cristo.

Estos tres elementos raciales descritos por Verneau en las páginas anteriores, el *guanche*, el *semita* y el *braquicéfalo o negroide*,

se observan tanto en los cráneos de las mujeres como en los de los hombres existentes en los museos y sociedades científicas de Canarias, Madrid y París, siendo interesante señalar que en los muchos individuos que ofrecen señales de mestizaje no es raro observar que los caracteres de ellos se encuentran unas veces pronunciados en el cráneo y otras en la cara, es decir, que los caracteres de los tipos se yuxtaponen, en lugar de fundirse.

CAPÍTULO III

ÚLTIMOS ESTUDIOS E INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS.

El profesor adjunto de Antropología de la Facultad de Ciencias de Barcelona, Dr. Fusté Ara, que ha permanecido algún tiempo en Gran Canaria completando sus trabajos sobre las razas aborígenes, en el Museo Canario, nos dice que los primitivos pobladores del Archipiélago pueden ser incluidos en los siguientes tipos existentes, confirmados por el estudio de la población actual:

1.º *Tipo cromañoide*, caracterizado por su elevada estatura, de constitución atlética, cara baja, ancha y de contorno cuadrangular, debido a la gran distancia que separa entre sí los ángulos mandibulares a consecuencia de la gran extroversión de la región goniaca; tiene, además, prominentes los pómulos, la región glabelar y los arcos superciliares, caracteres que proporcionan a su fisonomía rasgos vigorosos; en esta cara, baja y ancha, llaman la atención los ojos, con la abertura palpebral horizontal hundida y poco abierta, a consecuencia de la escasa altura de la concavidad orbital que en el cráneo aparece baja, ancha y de contorno rectangular. Se observan en éste, además del fuerte desarrollo de las rugosidades correspondientes a inserciones musculares, el gran tamaño de las apófisis mastoides y con mucha frecuencia el contorno pentagonal que se aprecia visto por encima.

Con referencia a la llegada de estos hombres de Cro-Magnon a las Islas piensa Fusté, como Verneau, que efectuaron un largo viaje desde Francia a través de España hasta llegar al Archipiélago por vía marítima. Lo demuestra el hecho de que en las poblaciones

prehistóricas peninsulares, el elemento cromañoide está ampliamente difundido; pero lo hace dudoso el argumento de que hay que admitir un largo desplazamiento por mar hacia unas Islas, cuya existencia desconocían, en gentes que carecían de vocación marinera.

Por lo pronto, las primeras observaciones del antropólogo francés respecto al paso de la raza de Cro-Magnon, desde Francia hasta el Norte de Africa, fueron recientemente confirmadas por los descubrimientos y estudios efectuados en algunas poblaciones prehistóricas norteafricanas. En efecto, el hallazgo de diferentes yacimientos argelinos pertenecientes a las culturas ibero-mauritánica y capsiese, más o menos sincrónicas del Mesolítico europeo, ha demostrado la existencia de un conjunto de formas cromañoides, con las que se ha creado el tipo o raza denominada de Mechta Afalou, del nombre de los principales yacimientos de Mechta el Arbi y de Afalou-bou-Rummell, situada en la zona comprendida entre la costa de Túnez y el Atlántico.

En ella encontró A. Ruhlman un cráneo situado en un nivel Paleolítico Superior, en la cueva llamada Dar-es Soltan, cerca de Rabat, el que, estudiado por Vallois, demostró que la raza de Mechta el Arbi era una variante un poco más tosca y de aspecto más primitivo del grupo de Cro-Magnon, por cuya razón lanzó la hipótesis de que en ésta se hallaba el origen de los guanches.

El descubrimiento de este tipo étnico, como el hallazgo en la Cueva de Barranc-Blanc (Rotova, Valencia) de un fragmento del frontal humano presentando todas las características de esta primitiva y tosca variedad africana del Cro-Magnon, viene a confirmar lo dicho más arriba por Verneau, cuando afirmaba que el itinerario seguido por esta raza fue el señalado desde Francia hasta estas Islas a través de España y Norte de Africa. Con este descubrimiento y hallazgo quedó demostrada la existencia de un lazo de unión entre los pobladores de Canarias y los de la población española del Neolítico Superior; pero faltaba demostrar la relación entre los cromañones canarios y norteafricanos, ya que hemos dicho que desde las poblaciones de este Continente saltaron a Canarias.

Pues bien, el hallazgo llevado a cabo por el prehistoriador francés Ruhlman dio la clave para el establecimiento de este intere-

sante problema antropodinámico, ya que encontró un cráneo perteneciente igualmente al de Mechta, en un nivel antiguo de la Cueva de Dar-es Soltan, en las cercanías de Rabat, con lo que quedó aclarada la relación entre ambos cromañones.

Ulteriores pesquisas han permitido comprobar la persistencia de dicho elemento entre los actuales isleños de Gran Canaria, si bien en menor proporción que en el de las mismas gentes anteriores a la conquista. Este elemento cromañoide se encuentra en todas las Islas del Archipiélago, pero es en Tenerife donde se halla mejor representado.

2.º Con mayor frecuencia que este tipo se advierte la presencia, en los cráneos de los antiguos pobladores y la población actual de la Isla de Gran Canaria, de otro tipo que, asemejándose al anterior por su corpulencia y robustez, difiere principalmente por la gran altura de la bóveda craneana y por el alargamiento de la cara, circunstancias ambas que le dan un contorno pentagonal característico.

Este elemento, estudiado por Verneau, Fusté y Fischer, fue denominado *tipo bereber*, con la advertencia de que podría tratarse posiblemente de una variedad norteafricana del tipo mediterráneo, raza berberida establecida por el antropólogo italiano Biassutti y admitida desde antiguo por sus características lingüísticas y arqueológicas. Sin embargo, hay que tener presente que si los bereberes, bajo el punto de vista cultural, constituyen una entidad independiente, no ocurre lo mismo desde el punto de vista racial, pues el pueblo bereber forma parte de un complejo integrado por diferentes elementos raciales, entre los cuales ocupa su lugar el tipo a que nos referimos.

Probablemente este tipo, de elevada estatura, cabeza alta y cara alargada, no es otro que el calificado de *protomediterráneo* por algunos autores y de *eurafricánido* y *atlante mediterráneo* por otros, encontrado en yacimientos de la cultura capsense anterior al período de la piedra pulimentada y que hoy goza de amplia difusión en los países de la cuenca del Mediterráneo y persiste todavía entre los habitantes de la provincia de Alicante y en algunas provincias portuguesas.

Estos dos elementos acabados de señalar, el *cromañoide* y el

eurafricánido, son los que aparecieron principalmente en el Archipiélago durante las primeras oleadas de inmigraciones, si, como es de suponer, fueron varias las que llegaron a ellas en diferentes épocas.

3.º Además de estos dos tipos se ha encontrado en la población prehistórica canaria otro elemento que hizo antes su aparición en el Norte de Africa: el *tipo orientárido*, distinto de los anteriores por su menor corpulencia y robustez. Sus gentes son de estatura mediana, dólico o mesocéfala y con características que los hacen confundir con otros semejantes, hasta el punto que resulta en ocasiones difícil su discriminación.

En este *tipo orientárido*, la cara es alargada y bastante larga, continuando a veces casi insensiblemente el perfil de la frente, algo inclinada hacia atrás. El dorso de la nariz frecuentemente convexo, los ojos con su contorno almendrado, cierta carnosidad en las mejillas, y a menudo un acusado prognatismo alveolar, a veces doble, completan los rasgos principales fisionómicos del tipo en cuestión. Añadiremos únicamente que, a diferencia de los tipos *cromañooides* y *eurafricánido*, en los que la piel es más o menos clara y con frecuencia también claro el iris, en el *tipo orientárido* la pigmentación es muy oscura, el iris pardo, el cabello negro y la tez morena, hasta alcanzar en ocasiones un tinte oliváceo.

4.º Además de esos tres elementos, considerados como los más importantes entre los primitivos pobladores del Archipiélago, existen el *tipo mediterráneo* y el armenoide. El primero, parecido al orientárido, integrante de las poblaciones neolíticas de la Península y del Norte de Africa hasta el Próximo Oriente, conserva en parte los rasgos de la raza de Mechta el Arbi y presenta otros nuevos, indicadores de que se ha producido un cambio de población. Recientemente se han encontrado restos humanos en la capa B neolítica de Dar-es Soltan, y el cráneo hallado en 1936 por Jaranoff en un conchero cercano a Rabat, que fueron incluidos por Vallois en la *raza mediterránea*. Esta raza, en un neolítico más avanzado, quedó dueña de todo el Africa del Norte y pasó probablemente a las Islas en el tercer milenio antes de Jesucristo. Tal raza, de ojos y cabellos oscuros, con cráneo moderadamente alargado, lo mismo que la cara, es llamada también *del litoral* porque no se la encuen-

tra a más de 250 kilómetros del mar y se extiende alrededor del Mediterráneo desde Gibraltar a la embocadura del Tiber y por el Atlántico desde el Estrecho de Gibraltar hasta la embocadura del Guadalquivir.

5.º El *tipo armenoide*, de talla un poco por encima de la normal, piel blanca, cabellos y ojos negros, cráneo braquicéfalo, nariz fuertemente curvada en forma de seis con la punta muy carnosa dirigida hacia abajo, boca un poco larga, labios bastante finos y bien dibujados, es el que menos abunda en la población actual y en la prehistórica.

En estos tres últimos tipos la pigmentación es oscura, con el iris pardo, el cabello negro y la tez morena, a veces muy oscura, incluso alcanzando en ocasiones cierto tinte oliváceo.

6.º Estudiando los habitantes de la población isleña actual, Fusté Ara observó la existencia de algunos individuos despigmentados, con cabellos de color oscilante entre el castaño claro y un rubio más o menos oscuro, con cierto tono rojizo y unos claros de tonalidades variables entre el azul, verde y gris. Como estos caracteres no siempre se hallan asociados a individuos de tipología cromañóide, admite la existencia de un *tipo nórdico*, portador de estos caracteres de pigmentación en épocas recientes, tal vez cuando se introdujo en la Isla el cultivo de la vid, que ha dado lugar a que en la actualidad haya disminuído el número de personas despigmentadas, en razón al hecho de que en los cruzamientos con individuos de pigmentación oscura, la clara, según las leyes de Mendel, tiene carácter recesivo.

Por su intensa despigmentación, el *tipo nórdico* difiere de los anteriores por su cabello rubio, a veces ceniciento, los ojos de color azul o azul claro y la tez muy blanca, generalmente pecosa, caracteres que asociados a otros, como la considerable altura de la cara, discrepan de los propios del tipo cromañóide. Este tipo nórdico sólo hemos podido observarlo, y aun con escasa frecuencia, en la zona norte de la Isla de Gran Canaria.

Si, como todo parece suponer, este elemento nórdico no guarda relación con las formas despigmentadas que se encontraban ya entre los antiguos pobladores, y a las que anteriormente hicimos mención, queda planteado el problema de su llegada al Archipié-

lago Canario. En otras islas atlánticas, como son las de Cabo Verde, la penetración de individuos con cabellos rubios y ojos azules, que se observa entre la población actual, es fenómeno reciente, ya que en la época de su descubrimiento, acaecido de 1450 a 1460, se hallaban todavía deshabitadas.

En relación con este problema debe de tenerse muy en cuenta, por lo que a Canarias se refiere, que en el siglo XVI hay testimonios de la existencia de intensas relaciones comerciales con los Países Bajos, siendo conocidos los nombres de varios mercaderes flamencos avecindados en las Islas, relaciones que bien pudieran suponer un aporte de elementos nórdicos a la población canaria. Incluso se conserva todavía algún topónimo de origen holandés; tal es, v. g., el de la caldera y pico de Bandama, en las proximidades de Las Palmas, que en un mapa del siglo pasado aparece todavía con la grafía Vandama.

De todos modos no hay que olvidar que, según Abreu-Saldun (1377, a mediados del siglo XIV), los francos habían visitado ya las Canarias (M. Pelayo, 1933), y tampoco que los prehistoriadores ven en algunas insculturas o petroglifos canarios, así como en algunos otros elementos culturales, argumentos que permiten afirmar la existencia de contactos en épocas prehistóricas con países atlánticos norte-europeos, por lo que no puede descartarse la llegada de elementos nórdicos a Canarias en épocas remotas.

7.º No se puede dar por finalizado el estudio de las razas que poblaron las Islas Canarias sin hablar de otro elemento racial, caracterizado por poseer algunos rasgos en su esqueleto facial, muy especialmente el prognatismo y las proporciones de sus miembros, calificada por Verneau de *negroide*, al compararlo con los dos esqueletos encontrados en la Cueva de la Riviera, cerca de la localidad de Grimaldi, en un estrato correspondiente al Período Aurifiaciense, el más antiguo de los pertenecientes al Paleolítico Superior. Esta afirmación del antropólogo francés quedó al descubierto cuando Vallois demostró que los pretendidos caracteres negroides no eran privativos de los esqueletos de Grimaldi, sino comunes a las razas del Paleolítico Superior.

Para confirmarlo basta decir que el hecho de ser la nariz un poco ancha no significa necesariamente ascendencia negra, pues la

del negro, además de ser ancha, tiene otros caracteres que no tienen los cráneos estudiados por Verneau. Lo mismo cabe decir del prognatismo subnasal o alveolar, que se presenta en otros tipos como consecuencia de cierta disarmonía entre el grado de desarrollo del maxilar y el tamaño de los dientes, mientras que en los negros, por el contrario, se extiende a todo el macizo facial, carácter que no les es exclusivo, puesto que esta forma de prognatismo se encuentra también entre los cráneos orientálicos.

La confirmación de este tipo hubiera planteado un problema en el estudio de los aborígenes, toda vez que apareció también en el Neolítico español y en el Egipto predinástico; pero el hecho de que fueran traídos a estas Islas muchos esclavos negros, procedentes de Berbería y Guinea, para el cultivo del azúcar, y de que no se haya tenido cuidado en la investigación de la época y procedencia de los cráneos coleccionados, quita valor a su estudio como elementos pobladores del Archipiélago.

Negado, pues, el tipo negroide, los señalados por Fusté, el *cro-mañóide*, el *eurafricánido* y el *orientálico*, son, en definitiva, los principales elementos que integraron la población aborigen canaria y los que dominan en el actual complejo racial insular, con diferencias en cuanto a su participación en las diferentes Islas, constituyendo en conjunto un cuadro muy semejante al de las poblaciones norteafricanas con las que, sin ningún género de dudas, estuvo en relación la primitiva población del Archipiélago. Estos tres elementos se encuentran distribuidos de distinta manera en la Isla de Gran Canaria, pues el *orientálico* y el *mediterráneo* tienen predominio en el Sur, el *eurafricánido* en el Norte y el *cro-mañóide* en el Centro. Esta misma distribución, referida a la Isla de Tenerife, la confirmó la profesora de Maguncia Dra. Ylse Schwidetzky durante su estancia en las Islas en estos dos últimos años.

En resumen, para saber cuáles fueron los primeros pobladores de Canarias hay que admitir la existencia de varias oleadas de pueblos invasores, procedentes del Norte de Africa. Ello hace pensar, y así se deduce de la distribución geográfica del Archipiélago, que a las Islas llegó, en primer lugar, un elemento antiguo, portador

de los valores culturales arcaicos, representado por las *gentes cromañoides* y *eurafricánidos*, constituyentes de la raza de Mechta el Arbi, corrientemente llamados *guanches*, en el Postpaleolítico, en una época en que el clima pudo ser más favorable incluso en el mar. Más tarde llegarían los elementos representativos de la *raza mediterránea* y *orientálda*, que arribó a las Islas avanzado el Neolítico, hasta una época en que la intensidad de las relaciones mediterráneas y atlánticas alcanzaron gran valor. Esta intensidad fue la que dio origen a la existencia de otros elementos que también la poblaron y que fueron la causa de la multiplicidad de razas que describen los antropólogos, como resultado de la desertización del Sáhara, de las vicisitudes históricas o geopolíticas de algunos pueblos en el Norte de Africa, como sucedió con los bereberes al huir de la propagación del Islam, o por efecto de los intensos años de intrusión debidos a las invasiones árabes, las cuales desde el siglo vi, especialmente en el xi, establecieron las culturas orientáldas recientes.

* * *

Ahora bien, ¿cómo arribaron los primitivos pobladores a estas Islas?

Admitida, desde el punto de vista geológico, la separación en bloques de la región continental africana por efecto de las fuerzas tectónicas que actuaron sobre ella, al decir de los partidarios de la teoría del origen africano de estas tierras, queda explicado el paso de las plantas y animales antes de la terminación del Terciario; pero como el hombre apareció sobre la Tierra en el Período Cuaternario, hay que pensar que los aborígenes saltaron desde el Continente haciendo uso de la vía marítima. Parece a primera vista extraño que ésta pudiera realizarse sin tener conocimiento de la brújula y otros medios de navegación; pero el hecho de haberse efectuado viajes a través de los mares por seres solitarios, en estos últimos tiempos, hace pensar, primero, en que las inmigraciones no fueron hechas en grandes oleadas, y segundo, que teniendo lugar las corrientes y vientos marinos de Este a Oeste, nada de particular tenía que estas gentes, conducidas por grupos de navegantes superiores (fenicios, cartagineses, mauritanos, árabes)

o solos, hubieran arribado primeramente a las Islas del grupo oriental. Ello no invalida el hecho de que una población aborigen canaria establecida en una isla, apartada de todo tráfico por mar, pudiera haberse trasladado a las restantes en circunstancias favorables, desde el momento en que los mediterráneos y africanos, hábiles en el mar, pudieron usar las Canarias como etapa en la travesía del Atlántico. Después, las Islas son conocidas de los pueblos navegantes y colonizadores mediterráneos que describimos en las invasiones efectuadas por ellos, los cuales trajeron elementos culturales nuevos, mencionados por los historiadores, hasta que fueron conquistadas por los Reyes Católicos.

Sin embargo, los estudios de la madera y pieles de las momias de Acusa, Guayadeque, Cueva del Rey y de La Guancha, en Gran Canaria, realizados en el Naturkundig Laboratorium der Rijks-Universiteit de Groningen (Holanda) por el profesor Dr. Hl. de Bries, mediante el procedimiento del Carbono 14, revelan que las fechas de las mismas datan desde los años 292 hasta el 1082. Esta última, anterior a la iniciación de la conquista de Gran Canaria (1478), corresponde a unos trozos de madera del magnífico túmulo funerario de La Guancha en Gáldar, perteneciente al estrato cultural superior; mientras que la primera corresponde a una cueva sepulcral del centro de la Isla, donde podría suponerse la presencia de los elementos raciales y culturales más antiguos. Tratándose de poblaciones cuyas bases económicas de subsistencia estaban basadas en la agricultura y la ganadería, debieron ser sin duda muy importantes las causas que les movieron a embarcarse desde las costas de Africa con destino a las Islas. Y entre ellas, muy probablemente, deben de haber desempeñado un papel antropodinámico decisivo las que han sido repetidamente citadas, esto es, la desecación del Sáhara y la irrupción del Islam en Africa del Norte.

* * *

Estos estudios, llevados a cabo hasta el presente, nada aclaran sobre el problema que se debate acerca del origen y fecha de la aparición de los aborígenes, por lo que es preciso pensar que hace

falta una prospección arqueológica amplia, con objeto de buscar yacimientos que diesen una estratigrafía precisa, problema aún no resuelto en los momentos actuales.

CAPITULO IV

C R E E N C I A S .

Ha sido tema discutido en todos los tiempos, el saber si los primitivos pobladores de las Islas Canarias fueron o no idólatras, pues estando en íntima relación la medicina de los antiguos pueblos con los ritos y ceremonias religiosas, el estudio de éstos y de los ídolos encontrados en alguna de aquéllas, puede aclarar esta duda que aún sostienen los partidarios de ambas opiniones.

Al leer y releer las páginas de nuestra historia dedicadas a esta faceta de la etnología canaria, nos encontramos con que los aborígenes creían en la existencia de un Dios, admitían la presencia del demonio o genio del mal y eran supersticiosos, es decir, tenían creencias extrañas a la fe religiosa y por consiguiente contrarias a la razón.

Con respecto al primer punto, es sabido por todos los que me leen que reconocían a Dios como un Ser Supremo, eterno, omnipotente y conservador del mundo, al que llamaron Alcorac o Alcoran en Gran Canaria; Achaman y Achguayaxiraxi (conservador del mundo), Achahuvahan (el grande), Achicanac (el sublime), Achguaregenan (sustentador de todo), Atguochafunataman (sustentador del cielo y de la tierra), Acoran y Alcorac (Dios que les había hecho de tierra y agua), en Tenerife; Abora (Dios del universo que moraba en lo más alto de los cielos y hacía mover todos los astros), en La Palma; Enaoranhan (Dios protector de los hombres) y Mooneyba (protector de las mujeres), en el Hierro; Oraham (hacedor de todas las cosas), en la Gomera; Althos, en Lanzarote, y sin nombre alguno en Fuerteventura, al que adoraban levantando las manos al cielo.

Tal creencia tenían en El y tanta la veneración sentida, que, con el fin de estar más cerca de sus dioses, al suponerlos habitando

la altura de las montañas o el cielo, construyeron pequeños templos de piedra (oratorios) en los montes, cuevas, bosques, casas y riscos o en la cima de aquéllos, con el objeto de estar más próximos a ellos. Son de citar como lugares más elevados, los de Umiaga en Telde y Tirma en Gáldar, en la Isla de Gran Canaria; las pirámides de piedra seca situadas en todos los términos de la Isla de La Palma; los dos riscos colocados en el lugar llamado Bentayca, conocido actualmente con el de Santillo de los Antiguos, en el Hierro; la montaña situada en la fortaleza de Chipude, en la Gomera, y los grandes edificios llamados "Efequenes" en las islas de Lanzarote y Fuerteventura, donde depositaban la manteca y la leche de cabra como ofrenda al Ser Supremo.

No se conformaban, sin embargo, con este acercamiento a Dios para ser mejor oídos y rendirle culto, sino que, en el deseo de superación y de llamar la atención cuando se producían o tenían lugar en las Islas grandes calamidades públicas, como enfermedades y sequías, organizaban los jefes religiosos procesiones constituidas por los moradores y sus ganados, que terminaban en uno de los dos riscos ya citados de la Isla de Gran Canaria, en un valle profundo de la de Tenerife, en los dos riscos de la Isla del Hierro, en las pirámides de piedra seca existentes en la de La Palma, o en la fortaleza de Chipude en la de la Gomera.

En todas estas manifestaciones se unían las gentes de los pueblos con sus ganados, llevando ramas de árboles y hojas de palmera, presididas por las Harimaguadas, jóvenes vírgenes que habitaban en las cuevas de Gran Canaria. Una vez en los riscos o en lo hondo del valle, separaban los machos de las hembras y los menores de los mayores, colocándolos en distintos corrales sin darles alimento durante tres días, a fin de que llenasen el aire de gritos lastimeros, aullidos, gemidos y llantos. En este tiempo, el fanatismo, excitado por el hambre, daba libre ensanche a la desesperación hasta exhalar gritos de rabia.

Si el cielo permanecía sordo a las voces, se dirigían al mar en medio de esta creciente algarabía (después de haber roto con cierta ceremonia vasijas llenas de leche y manteca dentro del templo, en honor de la Divinidad), bailando el baile canario, entonando sus cantos, haciendo visajes y movimientos con los ojos, cabeza y cuer-

po y abriendo y extendiendo los brazos para implorar la misericordia de Dios. Adentrados en el océano, azotaban las olas con las ramas que habían traído para la fiesta, o se valían, en la Isla del Hierro, de un anciano, venerado por su piedad y sabiduría, que penetraba en la cueva de Asteheyta para presentar al pueblo un cerdo de pequeño tamaño, al que llamaban "Aranfaibo", protector, por tener el privilegio, como los rebaños, en otras dos de las Islas, de interceder cerca de la Divinidad para poner fin a la calamidad pública.

* * *

Con respecto al segundo punto he de decir que creían en la existencia de un demonio o genio del mal, al que suponían habitaba en el centro de las montañas o en el interior del volcán, padeciendo tormentos y fuego eterno. En Gran Canaria le llamaban "Gavioto", y en Tenerife "Guayota". Se le consideraba como el causante de las erupciones de fuego y azufre que tenían lugar en el Teide, en cuyo interior se encontraba el Infierno, al que conocían con el nombre de "Echeide". En sus sacrificios se les aparecía, tanto de día como de noche, bajo formas distintas de animales (gallinas con pollos, becerros, cerdos y perros grandes lanudos), a los que denominaban "Tibicenas" en Gran Canaria, "Cancha" y "Gucancha" en Tenerife, e "Irmene", "Iruene" y "Haguanran" en La Palma.

Todo aquello capaz de producirles miedo era considerado por los aborígenes como emanaciones del diablo. En la isla de La Palma existe un peñasco escarpado, en el interior de La Caldera, que se levanta como un inmenso obelisco. En sus inmediaciones vivía la tribu de Tanausú y sus gentes pasaban temblando al lado del mismo, al que llamaban "Idafe", a tal punto que al ser considerado por ellas como un genio del mal, trataban de aplacarlo, reservándoles las vísceras de los animales que sacrificaban para su alimentación. Sólo en el caso de que el miedo llegara a adquirir caracteres de terror ofrecían al monolito víctimas enteras, ocasionadas al precipitarse desde lo alto de las montañas próximas.

* * *

Con referencia al tercer punto he de añadir que eran supersticiosos, es decir, tenían creencias extrañas a la fe religiosa y por consiguiente contrarias a la razón. Ello les hacía jurar por el Sol, a quien llamaban "Majec"; por la Luna, a quien nombraban "Acaman"; por el Infierno, a quien conocían con el nombre de "Echeide", y por las estrellas y huesos de sus antepasados cuando trataban de vengarse o de pelear en los homenajes.

En Fuerteventura quemaban cebada en las habitaciones donde hacían sus sacrificios, para observar la dirección en que salía el humo producto de la combustión. Invocaban en su presencia a los magos, llamados en Gran Canaria "mahos" o "magios", hijos de "Majec", como espíritus de sus antepasados que vagaban por los mares, los cuales predecían, por la dirección que tomaba el humo, si era el del bien o el del mal el que se manifestaba, ya que en el primer caso salía el humo hacia arriba y en el segundo hacia los lados.

Por esa misma superstición se dejaban dominar por las sacerdotisas, las cuales pronosticaban el futuro, calmaban las disensiones y presidían, como he dicho en páginas anteriores, las ceremonias religiosas. De Fuerteventura se conservan los nombres de Tibaibin y Tamonante su hija, y de la Gomera el de Eiunche, también adivino, el cual predecía que después de la muerte del Dios Orahan vendrían a la Isla hombres nuevos con el encargo de decir a quién se debía adorar.

Eran, al mismo tiempo, fanáticos, sobre todo en aquellas Islas en las que se rendía extremada adoración a la Divinidad. Así, en Lanzarote, subían a las cumbres de las montañas más próximas al cielo para rendir su culto a Dios; en el Hierro, por estar persuadidos de que descendía desde dicha altura para darles audiencia, y sobre los dos peñascos que están en el término de Bentaica; en Gran Canaria, sobre los de Tirma en Gáldar y Umiaga en Telde, para adorarle haciendo sus juramentos.

Este mismo fanatismo les hacía creer en la inmortalidad del alma, si pensamos en los mensajes que se confiaban en Tenerife a la voluntaria víctima del sacrificio humano, cuando tenía lugar el funeral dedicado al rey. A dicha víctima encargaban, antes de precipitarse al abismo en busca de la otra vida, transmitiera a los reyes

y parientes difuntos todas las noticias que tenía de los que vivían en ésta. El referido fanatismo lo corroboraba el hecho de que en la misma Isla adoraban por cosa celestial y suprema deidad a la Virgen de la Candelaria y al niño colocado en su mano derecha, al cual llamaron "Chijoraji", hasta alcanzar límites insospechados tratándose de pueblos paganos. Lo mismo sucedió con los naturales de la isla del Hierro al dar a Dios Nuestro Señor el nombre de "Enaoranhan" y a la Virgen María el de "Moneyba", después de ser conquistados.

De lo expuesto podemos deducir que en los canarios prehispánicos, como en las gentes de otros pueblos sujetos a idénticas impresiones y a igual desarrollo físico y moral, el sentimiento religioso, que es una de las condiciones de la propia naturaleza, dio origen en todos los tiempos y bajo todos los climas a la formación de sistemas más o menos complicados, donde la idea de un ser superior omnipotente, que castigaba a los malos y premiaba a los buenos, que se aplacaba con súplicas y dádivas o enviaba la lluvia, los huracanes, el buen tiempo, las pestes y los terremotos, estaba siempre enlazada con el pensamiento más filosófico y elevado de una vida ultraterrestre. Pueblos hubo, y hay todavía, que nunca han llegado a elevarse a esta última concepción; pero casi puede asegurarse que ninguno ha existido sin sentir algún presentimiento de ese poder supremo y moderador, en cuyas manos está la vida y la muerte del hombre, su desgracia o su felicidad.

Eran, por consiguiente, los primitivos canarios, deístas (doctrina que reconoce un Dios sin admitir revelación ni culto externo), al que dedicaron adoratorios en lugares determinados para que las personas de uno y otro sexo, religiosas y ejemplares en sus morales virtudes consagrados al culto, imploraran las divinas misericordias en sus necesidades con ofrendas de leche, manteca, miel y sacrificios de animales escogidos, ayunos, maceraciones y penitencias en los tiempos de las grandes calamidades, como sequía, enfermedades y otras desgracias. Es decir, ritos comunes a todas las Islas, reveladores de un común origen, aun cuando, con las alteraciones que el aislamiento había producido en el transcurso de los siglos, modificando, omitiendo y adicionando en la forma, mas no en su fondo, la mayor parte de aquellas tradiciones, ceremonias y ritos.

Todos estos datos hacen creer que no les era desconocida la idea altamente moral y consolidadora de la inmortalidad del alma, creyendo en una vida futura donde, después de la muerte, iban a gozar placeres eternos si iban al cielo, y castigos si iban al infierno.

Debemos añadir también que los canarios prehispánicos, a pesar del deísmo, eran idólatras o, lo que es lo mismo, adoraban la figura de una falsa divinidad, como lo demuestran los ídolos encontrados principalmente en las islas de Gran Canaria y Tenerife, donde, al decir de Alvise da Cadamosto, se contaron nueve especies de idolatría, pues no sólo adoraban al sol, la luna y las estrellas, sino que juraban por ellos y por el infierno, al que dieron, como hemos dicho, el nombre de "Echeide".

CAPITULO V

I D O L O S .

El estudio de los ídolos, como figuras de una falsa divinidad a las que se da adoración, plantea, antes de comenzar, dos problemas. Uno de ellos, la existencia casi exclusiva de ellos en la isla de Gran Canaria y su ausencia en las que se han hallado vestigios de matriarcado, y en segundo lugar su composición y hallazgo, pues todos han sido contruídos en madera, barro cocido y piedra y recogidos en las habitaciones de los aborígenes y túmulos sepulcrales.

Esto no quiere decir que en las demás Islas la idolatría no existiera, pues ya hemos dicho que en La Palma, sin figuras ni ídolos materiales, iban sus habitantes a adorar las pirámides contruídas en las cimas de las montañas, y que en la del Hierro dos ídolos (masculino y femenino) llamados, respectivamente, Enaoranhan y Moneyba, que existían en la imaginación del pueblo, no tuvieron representación material adecuada.

El número de ídolos o falsas divinidades encontrados ha ido aumentando con los años, a medida que se han ido realizando las excavaciones arqueológicas, por lo que, siendo necesario clasificarlos para su mejor exposición, los hemos agrupado en dos tipos:

uno representado por *figuras humanas*, y otro por *figuras de animales*.

Dentro del primero hacemos, a su vez, una subdivisión, atendiendo a la materia de que están contruídos, pues, como acabo de decir, lo están en madera, barro cocido y piedra.

Idolos de madera.—Entre ellos tenemos el que nos describe Andrés Bernáldez, recogido por los conquistadores en una casa de oración llamada Tariña, representando a una mujer desnuda y ante ella una cabra en posición adecuada para la cópula; un macho cabrío, esculpido en la misma sustancia, parece colocado detrás de ella.

Idolos de piedra.—El encontrado en 1341 por los enviados de Alfonso IV de Portugal en un oratorio de la isla de Gran Canaria representando a un hombre desnudo que sostiene un globo en la mano y cuyas partes sexuales están cubiertas por una especie de tejido de palmera parecido al de que hacían uso las gentes del país; y el que nos detalla Jiménez Sánchez, encontrado en Los Caserones (término municipal de la Aldea de San Nicolás de Tolentino), representando una figura humana que presenta en su cara anterior rasgos y detalles que acusan un rostro de toscas facciones y en la posterior un suave declive, en parte, de la cabeza.

Idolos de tierra o barro cocido.—Ha sido hallado un ídolo figurando una cabeza de mujer; con cuello liso desmesuradamente largo, cara y ojos redondos, pupila bien marcada, nariz alargada naciendo por encima de los ojos, rota en la base, y boca lineal. En sus lados ostenta dos largos apéndices pintados en rojo, y la cabellera constituida por una larga trenza de pelo pintada en negro que cae sobre la espalda a lo largo de la columna vertebral.

En la Hoya de San Juan, junto a Montaña Cardones (Aruca), se encontró una figura femenina de 12 centímetros de altura, hueca, que ha perdido la mayor parte de una de sus caras (anterior), conservando la posterior y parte del tocado; está constituida por una pieza cónica, ricamente decorada con finos zig-zag por el lado posterior y lisa en la parte que queda por delante. A ambos lados, unas alas planas presentando en sus caras un rayado cruzado formando rombos y un punteado en forma de orla o cenefa que la limita por su borde inferior. Recuerda notablemente esta figura la de los orantes de los santuarios bélicos.

En una gruta de la Fortaleza de Tirajana encontró Verneau un ídolo parecido al anterior, pero más completo, puesto que lleva en su cabeza el pelo trenzado y en su tórax dos senos voluminosos que atestiguan el sexo. Colocada sobre un pie, la permite mantenerse en posición vertical.

En el Museo Canario tenemos otro en forma de embudo invertido, provisto de cuatro apéndices que quieren figurar sus brazos y caderas. De los primeros un antebrazo persiste en parte, haciendo contraste con un brazo más o menos grueso que el cuello, mientras las dos piernas quedan reducidas a un cilindro. La cabeza es pequeña, el cuello largo, la boca y los ojos redondos y la nariz delgada. El personaje que quiere representar dicho ídolo permanece en posición de cuclillas y está barnizado en rojo brillante.

El hallado en Gáldar y guardado en el Museo representa una cabeza humana cubierta por una especie de sombrero femenino chino o japonés a manera de almeja, adornado con motivos ornamentales a base de incisiones angulares. Su cara presenta boca y ojos circulares y profundos y nariz pronunciadamente humana.

Además de estos ídolos se han encontrado figurillas de barro cocido con ojos saltones, nariz ancha y boca pronunciada, orejas perforadas, cara alargada o redonda, pero de aspecto sobrehumano o animal. Otras tienen cabeza redonda, con cuello largo, pero de rasgos brutales, y otras en forma de placas representativas de mujer con pechos en forma de tetas de cabra. En Gáldar existen otras dos pequeñas figurillas de barro coloreadas en rojo, de las cuales una representa una figura humana con cabeza, brazos y piernas mutilados (fig. 2).

* * *

Entre los ídolos representando *animales* o símbolos haremos, a su vez, una subdivisión, atendiendo a la materia de que están contruídos, esto es, según sean de barro cocido o piedra, ya que de madera, hasta la fecha, no se han encontrado en las islas.

Ídolos de barro cocido.—En el pago de Arguineguín se ha encontrado un ídolo que representa un animal de cabeza redonda, con orejas, ojos, ventanas nasales circulares y boca lineal; su cuerpo, de forma ovoide, presenta completos el rabo y las patas posterior-

res, pues las delanteras aparecen dobladas y debajo de la boca. En el mismo sitio se ha encontrado otro con forma de gallina o pava, parecido, según unos, a un Gliptodonte, animal de la clase de mamíferos placentarios y desdentados, y según otros, a un cuervo. A los menos les recuerda una tortuga.

En la Aldea de San Nicolás de Tolentino se recogieron dos figurillas de color negruzco, una de ellas con dos patas atrofiadas en sus extremos y entre ambas un agujero dispuesto para el paso de una cuerda; su cuerpo cubierto por una especie de caparazón o concha en forma de hoja acorazonada, su cabeza un tanto redonda, su cara alargada con ojos redondos y profundos y sus fosas nasales terminadas en una especie de pico, dan a la figura aspecto de un ave. La otra, con cabeza de perro lobo, toscamente modelada, pero de gran fuerza expresiva, recuerda las famosas "Tibisenas", especie de perros demoníacos cuyas apariciones tanto temían los aborígenes.

Idolos de piedra.—En Tara (término de Telde) se encontraron tres piezas de forma cónica, conocidas con la denominación de betilos, piezas muy simbólicas en el culto fálico. Labrados en bloque de toba compacta, dos tienen color grisáceo y el tercero rojizo grisáceo. En este último, y en la parte correspondiente al glande o balano, parece observarse un deficiente rostro de tipo antropomórfico. En el Agujero (Gáldar) encontró Jiménez Sánchez una pequeña piedra tallada en forma de cono truncado un tanto alargado.

* * *

Desde los tiempos más antiguos, las ideas humanas, investigando la vida y las fuerzas existentes detrás del mundo material, han progresado generalmente a lo largo de dos líneas distintas, aun cuando frecuentemente paralelas: una, la tendencia a divinizar y adorar los objetos y las fuerzas de la naturaleza, tendencia que viene de un modo lógico a culminar en el panteísmo; y otra, el rudo fetichismo del salvaje, que va pasando, a través de las sucesivas etapas de la idolatría, de la adoración de los héroes, del culto de los antepasados, del politeísmo, de la magia, etc., para emerger dentro del puro monoteísmo de la Cristiandad.

El teísmo cristiano supone que Dios es un espíritu omnipotente e immanente en la naturaleza, pero diferente, sin embargo, de ella, accesible a la plegaria y capaz, en caso necesario, de una divina intervención en los asuntos humanos. El panteísmo viene a identificar sencillamente a Dios con la Naturaleza y con las fuerzas naturales.

Todas las figuras encontradas en la isla de Gran Canaria, forma externa material y simulada de la idolatría, son la representación de la tendencia de los aborígenes a expresar una adoración por estos falsos ídolos que ahuyentaban los espíritus del mal y por lo tanto los libraban de las calamidades públicas. Ya hemos dicho que unas figuras querían representar imágenes humanas, especialmente del sexo femenino, en clara relación con la diosa de la fecundidad mediterránea, como es el hecho de hacer manifiestos en ellas los senos y de acompañarse, en unas, del acto precursor de la maternidad representado por la pareja de ganado cabrío en disposición de copular. Otras son la representación de un culto primitivo, llevado a cabo en varias familias o grupos de familias aborígenes; otras tienen forma de talismanes con su agujero para pasar la cuerda que colgarían de la vivienda, a fin de combatir las potencias ocultas y ahuyentar los demonios, y otras con aspecto de animales y figuras monstruosas representando a las famosas "Tibisenas" que, a manera de perros lanudos, aves y otros animales con apariencias demoníacas, se aparecían de día y de noche a los primitivos isleños.

Algunas de estas figuras recuerdan a los ídolos neolíticos de piedra y tierra cocida encontrados en el Mediterráneo oriental, especialmente en los de Tesalia, Creta y otras culturas del Egeo y de Malta; y como 500 años antes del nacimiento de Jesucristo hubo contactos culturales entre el área mediterránea, Norte de Africa y la parte central de América, debido a la llegada fortuita de gentes procedentes del primer centro mencionado, pudo haber llegado la adoración dada a los ídolos y falsas divinidades a estas Islas, aun cuando por su corto número no dejasen rastro racial alguno.

Estos ídolos encontrados y descritos, que podemos considerar como amuletos y talismanes, fueron usados con miras supersticiosas, por atribuírseles, a los primeros, poderes preservativos o pro-

tectores, y a los segundos, virtudes ofensivas contra los sortilegios, enfermedades, accidentes y otros males. De ahí el que fuera necesario, para que los amuletos obrasen adecuadamente, llevarlos encima del cuerpo; mientras que los talismanes concedían sus supuestos dones siempre y cuando estuvieran guardados en el sitio conveniente.

Los amuletos han sido contruidos en distintas sustancias, como piedras, metales, plantas, cosas afectas al hombre o parte de su organismo, para representar figuras de divinidades ahuyentadoras del mal, sustituidas a veces por ciertos animales que son sus símbolos. Otros poseen atributos divinos sin forma exterior de divinidades, solos o al lado de figuras de animales verdaderos o fantásticos, monstruosas o ridículas y con frecuencia obscenas. Los dedicados a los difuntos eran llevados junto al cadáver para impedir fuese violada la sepultura, y los que tenían forma de joyas eran usados para colgarlos del cuello, colocarlos sobre el pecho o alrededor de la cintura.

En relación con los amuletos no podemos menos de referirnos al uso que hacían los canarios prehistóricos de las "pintaderas", objetos de barro cocido y en algunos casos de madera, que presentan, como es sabido, dos formas fundamentales: la cilíndrica y la plana, con un asa vertical con frecuencia agujereada, presentando, muchas, en sus caras, y en relieve, motivos geométricos, parecidos a las decoraciones de algunas cerámicas. Ahora bien, por lo que respecta a su significado y empleo siguen debatiéndose diferentes opiniones entre los estudiosos. Una de ellas, defendida por Verneau, Pérez de Barradas, Hernández Benítez, Alcina Franch y otros autores, dice que estos objetos sirvieron fundamentalmente para imprimir sus dibujos, teñidos con colores obtenidos del jugo de ciertas hierbas, en la piel del rostro y cuerpo de los antiguos habitantes de las Islas. Y como no hay que olvidar que las "pintaderas" son casi exclusivas de Gran Canaria, cuyo mayor número se encuentran conservadas en las vitrinas del Museo Canario, donde se guardan también los ídolos descritos anteriormente, no hay duda de que todo este caudal de elementos llegó a Canarias por el Norte de Africa en la gran oleada cultural recibida durante el tercer milenio, y que el hecho de la coexistencia de ambos elementos en la

misma localidad es un dato fehaciente para demostrar que las "pintaderas" no son sellos de propiedad personal, pues de serlo deberían presentar dibujos distintos o diferenciados, cosa que no se cumple, dado que los motivos que presentan en sus caras inferiores se repiten en ellos con relativa frecuencia.

La teoría, por consiguiente, más aceptada es la que dice que las "pintaderas" servían para adornar la piel de los rostros, cuellos y cuerpos de los aborígenes con dibujos y figuras impresas en distintos colores, llegando Francisco López de Gómara a decir que se pintaban con ellas para la guerra y bailar en las fiestas. Es muy posible, pues, que en las grandes solemnidades, sequías y otras calamidades públicas se cubriesen la piel con estos dibujos (cuanto más variados, mayor terrorífico aspecto presentaban) a fin de ahuyentar a los demonios y de aplacar y adular a quien consideraban causante de esos males. De ahí el que para prevenir una nueva desgracia estuviesen algunas de las "pintaderas" perforadas a fin de convertirlas en amuletos o talismanes, según su tamaño.

Cuentas.—No es aventurado suponer que las "cuentas" hasta ahora conocidas pertenecen a épocas distintas, pues sorprende el perfecto acabado de unas si se las compara con la forma tosca y simple de otras.

Con respecto a su significación no se pierden de vista los vestigios de industrias neolíticas, y los hallazgos de collares y amuletos en sepulturas y palafitos. En Egipto, escribe Jaime de Morgan, se encuentran con frecuencia collares formados por perlas o conchas, colgantes y brazaletes de marfil, alabastro, nácar, incluso sílex, en las tumbas neolíticas y eneolíticas.

Ultimamente Luis Pericot hace observar que, con excepción de Egipto y la Península, no se han visto todavía señaladas en otros sitios, y que las cuentas segmentadas se encontraron en el Sudeste de España en la época argárica, aunque se tiene noción de ellas en épocas anteriores del eneolítico levantino. Su relación con tipos semejantes del Egipto es cosa admitida hace tiempo por los prehistoriadores, y como por otra parte en el Sudeste de España se encontraron cuentas de este tipo en el neolítico medio de Siret, o sea en la época contemporánea o anterior a las primeras dinastías egipcias (alrededor del año 3000 antes de Cristo), cabe deducir que

existió un elemento muy claro de relación entre Occidente y Oriente que agregar a los dos anteriores, con la ventaja para éste de que la idea de una relación con Egipto ha sido ya aceptada y se ha abierto camino, y por ello se pregunta si esta relación dejó escapar algún reflejo hacia las Islas, manifestado por las referidas "cuentas" de collar.

PARTE SEGUNDA

MEDICINA CANARIA

PATOLOGÍA DE LOS ABORÍGENES.

Si repasamos la historia de los primitivos pobladores del mundo, hemos de convenir en que existe entre ellos una identidad de formas respecto a la medicina antigua y moderna, y que su estudio nos lleva a considerar que el punto común de convergencia de todas las leyendas populares médicas nos trae la noción de que los espíritus u otros agentes sobrenaturales son la causa eficiente de la enfermedad y la muerte.

En este sentido, la Medicina es únicamente una fase de una serie de procesos mágicos o míticos destinados a procurar el bienestar humano, o bien alejando la cólera de los dioses irritados o de los espíritus malignos, o bien provocando la lluvia para fertilizar el suelo y evitar las plagas del campo y las enfermedades epidémicas. En todas ellas se lee que los altos poderes, capaces de modificar las condiciones en que se desenvuelve la vida humana, son inherentes a una persona que en unos pueblos se llama Dios y en otros héroe, rey, hechicero, sacerdote, profeta o médico.

Hemos dicho que en los aborígenes de Canarias estos poderes mágicos se creía residían en un ser supremo, eterno, conservador del mundo y omnipotente, que castigaba a los malos y premiaba a los buenos, al que llamaron, aunque con nombres distintos, Dios. Este ser, que moraba en lo más alto de los cielos y hacía mover los astros, penaba, con frecuencia, las faltas de los primitivos pobladores enviándoles la peste que asolaba en poco tiempo las tres cuar-

tas partes de sus habitantes, o la sequía que amenazaba con destruir la agricultura, tan necesaria en un pueblo dedicado al pastoreo.

Como se ve, los primitivos pobladores canarios se vieron dominados por la idea de que existen fuerzas concebidas ordinariamente como seres personificados y dotados de idéntica índole de pensamientos, sentimientos e impulsos. Estos seres, clasificados en la categoría de los demonios, se hallan presentes en todas partes. La madera y la piedra, la planta y el animal, el monte y el arroyo, la nube y la estrella, no son sino las envolturas del alma, semejantes al propio yo espiritual del hombre primitivo.

A cada uno de estos demonios corresponde una función en la creación, y su actividad puede apreciarse de manera palpable en los dramáticos fenómenos de la naturaleza, tales como los eclipses de sol, las tormentas, las tempestades y los aguaceros. Muchos de estos demonios sienten un interés concreto por el hombre, en cuya existencia intervienen, trayendo unas veces la ventura y la desgracia otras. Por tal motivo, la actuación más tangible y clara de los demonios, en relación con el hombre, es la que origina enfermedades y dolencias, dada la creencia de que los demonios se han asentado en alguna parte del organismo.

La norma para la expulsión de estos espíritus maléficos consiste en atormentarlos y torturarlos, o bien en atemorizarlos, de suerte que se vean obligados a abandonar espantados el cuerpo enfermo. Se supone que los demonios conocen el dolor y el miedo, y que reaccionan ante éstos de la misma manera que los seres humanos.

La enfermedad era considerada por estos pueblos como un espíritu maligno o como su obra, a la que había necesidad de aplacar y adular por medio de holocaustos y sacrificios. Para tratarla se elegía a la persona que poseyera mayor influencia y autoridad sobre los demonios. De ahí el que tanto el Sacerdote como el Médico coincidían a menudo en un mismo sujeto, cuyo papel se reducía, cuando era solicitado por un enfermo, a espantar dicho demonio y ahuyentarlo de su cuerpo. A tal efecto se presentaba bajo la apariencia más terrorífica y espeluznante posible, adoptando el aspecto pavoroso de un fantástico animal salvaje provisto de dientes, cuernos, uñas y garras, revestido de una crujiente piel de reptil. Muchas

veces se cubrían con cuantos medios obtenían para aterrorizar la mirada y horrorizar el oído, entremezclando las gesticulaciones, gritos, maldiciones e imprecaciones más o menos inarticulados con el ruido espantoso producido por diversos instrumentos sonoros. En el marco de esta pantomima figuraba, a menudo, un medio adormecedor envolvente, en el que el curandero vociferante y bailarín tomaba, sin duda, a los ojos del delirante enfermo, proporciones sobrehumanas dentro del angosto espacio delimitado por las paredes de la estrecha choza o tienda.

Al surgir una epidemia, toda la tribu participaba en la caza y expulsión de los demonios. A tal propósito, durante una serie de noches consecutivas, corrían presurosos hombres y mujeres entre chozas y tiendas, blandiendo, con ardor frenético, lanzas, picas y cuchillos, lanzando espantosas vociferaciones y gritos desarticulados, batiendo tambores, gongos y tantanes. En las casas donde habitaban enfermos se ataba fuertemente una cuerda de hojas de palmera desde el techo hasta el suelo o hasta el árbol más próximo, a fin de facilitar la huida rápida de los espíritus.

Para prevenir un nuevo ataque o, en otras palabras, para tener alejado el demonio en lo futuro, se proveían de un amuleto o de un talismán. El primero, construído generalmente de trozos de huesos de cráneos, de dientes de la boca de un muerto, escarabajos, anillos hechos con clavos, escapularios bendecidos por las divinidades de la iglesia, trozos de carbón, cuernos, cerámica y animales inferiores, se colgaba o aplicaba al cuerpo de los enfermos para salvarse de las enfermedades y de otras desgracias. El segundo no era más que un amuleto que se guardaba cuidadosamente, aun cuando no era necesario llevarlo encima.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que siempre han existido muchas personas nerviosas que tienen la evidencia indudable de los efectos del espíritu sobre el cuerpo. En tales circunstancias se sabe que una impresión sensorial puede ejercer su influencia sobre los centros vasomotores o sobre las glándulas de secreción interna, produciendo definitivos cambios químicos en la sangre o en otros tejidos, cambios que en algunos casos pueden dar lugar a una curación.

Todos los que ejercemos la profesión de médico conocemos la

influencia que sobre ciertas enfermedades ejercen el terror intenso, la cólera, la angustia, las emociones, y los trastornos que producen sobre las funciones digestivas y sexuales, suprarrenales, circulatorias, musculares, etc., las cuales proporcionan al organismo una admirable capacidad para la ofensiva, para la defensa, para la huida y para la reparación de los tejidos lesionados.

Esos procesos hacen que existan en todos los tiempos ciertas creencias y supersticiones, que han quedado incrustadas en la humanidad a través del tiempo y del espacio, y que sólo serán extirpadas cuando el nivel de ilustración general enseñe a todos que prevenir es mejor que curar.

En el presente estudio trataremos de dos aspectos principales: el de enfermedades de origen externo, principalmente traumáticas, y las de desenvolvimiento interno o infeccioso.

CAPITULO PRIMERO

ENFERMEDADES CON LOCALIZACIONES ÓSEAS.

Cuando las Islas fueron incorporadas definitivamente a la Corona de Castilla a fines del siglo xv, el pueblo aborigen tenía sus características propias, dependientes en parte de su ascendencia antropológica. Tanto llamó la atención a los conquistadores la corpulencia de sus cuerpos y la robustez de su constitución, que habían hecho escribir a Boutier y Le Verrier en su "Crónica" las siguientes palabras: "Id por el mundo y casi no hallaréis en ninguna parte personas más hermosas ni gente más gallarda que la de estas Islas".

Eran los isleños, por regla general, de buena estatura, tanto más destacada en aquellas Islas en las que el elemento guanche dominaba, y así vemos que en Tenerife, Lanzarote y Fuerteventura abundaban los canarios fuertes y bien constituidos, y en la Gomera y Hierro los de mediana altura. Pero tanto unos como otros poseían desprecio a la muerte, resignación en el sufrimiento y valor llevado hasta la temeridad.

De lo que antecede podemos deducir que los primitivos pobladores, por las condiciones climáticas de las Islas, la alimentación sana y la vida higiénica que observaban, tenían del valor un concepto que les enorgullecía a los ojos de los demás, a tal punto que no admitían como virtud constante el demostrarlo por una vez, pues este hecho no era suficiente para lograr su reputación. Había que serlo siempre para evitar que un hecho honroso obtenido en cualquier instante de su vida pudiese borrarlo un hecho contrario. Este blasón de gloria era su legítimo orgullo y por ello daban la mayor importancia a la educación guerrera, para no perder en ningún momento ni su fortaleza ni los atributos que les hacían temibles en los combates.

De aquí nació en ellos la preocupación de adquirir y conservar su destreza, para, una vez lanzado el grito de guerra al empezar los combates, dar muestra de su valentía, reflejada en numerosos actos de lucha descritos por los cronistas e historiadores de Canarias. Muy aficionados a los ejercicios gimnásticos, saltaban, trepaban, corrían, tiraban lanzas, dardos y piedras, y algunas veces, para conservar su agilidad y fortalecer sus miembros, se abrazaban al tronco de un árbol luchando con él durante una o dos horas.

Abundaban en los isleños los individuos de tez morena, pero esto no quiere decir que no existieran también individuos de piel generalmente blanca y pelo rubio. Eran, por regla general, afables, agudos de entendimiento, de rostro alegre y agradable, pacíficos y hospitalarios, pero coléricos cuando se les ofendía y maltrataba, pues no conocían ni daban vasallaje sino a sus reyes y a sus justicias. Por ello conservaron algún tiempo después de la Conquista este carácter belicoso, que les hacía defender su libertad cuando los señores feudales trataban de someterlos a su yugo.

Acabo de decir que los antiguos canarios tuvieron siempre como norma de su vida guerrera la de ser hombres valerosos y decididos ante el peligro, y basta repasar la historia para darnos cuenta de que está sembrada de hechos que ponen de manifiesto la heroica resistencia que opusieron a los invasores. Partidarios de desarrollar en los niños, sobre todo en las Islas menores, la agilidad y la fuerza, se valieron de procedimientos encauzados al desarrollo del cuerpo por medio de pruebas estudiadas de antemano, y en efecto,

colocados a cierta distancia, sin separar los pies del espacio que se les había señalado, les arrojaban una bolita de arcilla que esquivaban recibiendo moviendo el cuerpo en todas direcciones. Familiarizados con estos juegos, los reemplazaban, más tarde, por piedras y últimamente por venablos desprovistos de puntas en sus primeros ensayos y sustituidos después por otros endurecidos en sus extremos.

Con estas pruebas pronto adquirían la ligereza, la intrepidez y la prontitud en su ejecución, a tal punto que caminaban por las piedras mejor que lo hacían las cabras; y saltaban de un risco a otro, situado a distancia, con una agilidad sorprendente. Esta educación la obtenían para defenderse de cuantos obstáculos y contingencias les presentaba la vida, y como eran guerreros indomables, se valían de éstas cualidades para combatir y manejar las armas de que hacían uso.

Cuando se desafiaban, marchaban al lugar elegido, que solía ser una pequeña explanada situada en lugar alto, donde colocaban a uno y otro extremo de la misma una piedra plana lo suficientemente grande para sostener en ella un hombre en pie. Dispuestos a la lucha, cogían tres guijarros tomados del suelo y otros tres de bordes afilados, con la mano izquierda, y el palo llamado magodó o amodegue en la derecha. Comenzada la pugna, se tiraban las piedras, que esquivaban con destreza girando el cuerpo y sin mover los pies; para descender a continuación sobre la tierra, donde continuaban atacándose con los referidos magodos. Llegados a las manos, con gran ferocidad se herían con las "tabónas" hasta que uno de ellos, vencido, daba la lucha por terminada o lo ordenaba el jefe que asistía de espectador, llamado Sambor, después de haber sido ratificada la suspensión por el Faycán.

Vemos, pues, que las armas de que se valían los antiguos moradores se reducían a dos clases, según la materia de que estaban compuestas: una, constituida por instrumentos de madera, y otra por los de piedra. Entre los primeros se contaban la jabalina, la lanza, la maza y la espada (fig. 3).

La jabalina estaba formada por una vara de madera de pino de tea o de barbuzano, endurecida al fuego, que presentaba unas veces, en su parte central o media, uno o dos abuitamientos en for-

ma de bolas que servían para ser agarrados con firmeza, y otras quedaba reducida a un simple bastón terminado en punta. Este instrumento se conocía en las islas de Tenerife y Hierro con el nombre de "banot". La lanza era, unas veces, una estaca endurecida al fuego, y otras llevaba en su extremidad un cuerno de cabra bien afilado o un trozo de basalto tallado en punta. Este instrumento se conocía en Fuerteventura con el nombre de "tezeres", en Gran Canaria con el de "amogadac" y en La Palma con el de "moca". Las mazas o "magados" eran simples bastones terminados, unas veces, por un ensanchamiento en forma de porra, y otras por fragmentos de obsidiana o de otra piedra (pedernal o basalto). En Gran Canaria se les llamaba "magados", y los jefes se servían de aquellos mejor trabajados y esmerados que llevaban al mismo tiempo insignias de mando. La espada, con su puño, construída también en madera de pino de tea, tenía sus bordes laterales cortantes como el acero y era arma, como las demás, de efectos terribles.

Los instrumentos construídos en piedra eran los más potentes y tenían formas variadas, pues las había redondas, con las que cargaban sus hondas; de aristas toscas, a las que llama Wölfel rompecabezas, y de aristas bien afiladas en forma de cuchillas. Algunas de estas últimas piedras eran fabricadas con pedernal u obsidiana y se les conocía con el nombre de "tabona" (fig. 4).

Con estos instrumentos luchaban en sus combates hasta llegar al cuerpo a cuerpo; dando pruebas de un valor y fortaleza extraordinarios. Como además saltaban, trepaban, andaban por riscos escarpados y realizaban otros ejercicios de peligro; se comprenderá que fueran las *fracturas* las enfermedades óseas más frecuentes en los aborígenes, y de ellas, las de la cabeza y extremidades las más abundantes. Para comprenderlo basta recordar que una caída desde cierta altura, un traumatismo directo en forma de choque o de golpe producido por instrumentos de punta roma o de bordes afilados, pueden llegar a producir una fractura de cráneo, como resultante de la lucha entablada entre la acción local del agente vulnerante y la deformación de conjunto de la caja craneana al rebasar los límites de la elasticidad. Lo mismo decimos de las de

las extremidades, sea cual fuere el agente productor de aquella lucha.

Fracturas de cráneo.—Con respecto a las *fracturas de cráneo* hemos de manifestar que las observadas en los primitivos pobladores se refieren todas a la bóveda, afectando al frontal y parietal, y menos veces al temporal. De todas ellas existen ejemplares en el Museo Canario, en los que la fractura fue producida por instrumentos cortantes, por instrumentos contundentes y por instrumentos punzantes. Entre las primeras tenemos, como lesión típica, la fisura y fractura lineal, originada por las espadas de madera provistas de bordes cortantes, como el acero, por rajadas de pedernal muy agudas o por lajas de piedra bien afiladas. Estos instrumentos, al actuar perpendicular u oblicuamente sobre la convexidad del cráneo, producen todos los grados de solución de continuidad ósea, es decir, desde la simple muesca de la lámina externa, hasta la hendidura lisa del techo del cráneo en todo su espesor. Por esta razón, las heridas del cráneo, por estos instrumentos, pueden ser penetrantes y no penetrantes, y si la intensidad de la fuerza actuante no llega a alcanzar ciertos límites, se verán también astillamientos aislados de la lámina interna. En cambio, en los casos de dirección oblicua o tangencial del golpe se produce una separación tangencial de laminillas óseas planas o un desprendimiento completo de todo un segmento de la convexidad.

Exponemos sólo dos casos para ratificar lo que antecede. El primero (figs. 5 y 6), encontrado en el valle de Agaete, presenta dos cortes, uno en la parte izquierda del frontal y otro que interesa su región superior y parte del parietal derecho. El instrumento vulnerante, lanzado con gran fuerza y con sus bordes extremadamente aguzados sobre la parte más alta de la bóveda del cráneo, y en virtud de la dirección tangencial u oblicua, produjo un desprendimiento completo de todo un segmento de la convexidad craneana, que dio lugar, más por la intensidad que por el apalancamiento, a dos líneas de fisuras que, siguiendo la dirección de los círculos paralelos que rodean el cráneo, casi circunscriben un fragmento óseo en forma de tapadera. El corte de la órbita, de tal manera llevado a cabo por el instrumento, cortante como el acero, hace

pensar que fue realizado seguidamente del anterior, pues la muerte del que nos ocupa tuvo que suceder en el acto.

El segundo representa una fractura lineal que asciende por el parietal derecho hasta alcanzar la sutura corona-parietal del mismo lado, para continuarse por la cara lateral de la porción vertical o escamosa que contribuye a formar la fosa temporal y unirse con el extremo anterior de la línea de fractura penetrante. Se aprecia en ella, especialmente en ambos extremos, señales de cicatrización ósea, lo que demuestra que el herido sobrevivió a la acción del instrumento vulnerante (fig. 7).

Con respecto a las segundas, esto es, las producidas por instrumentos contundentes, como mazas, garrotes, martillos, piedras redondas, de bordes lisos, de bordes toscos, etc., indican siempre una violencia directa limitada y pueden ser incompletas y completas. Aquéllas interesan solamente a la lámina interna, y las segundas, a las dos; éstas, a su vez, pueden ser irregulares, es decir, sin forma determinada, y regulares, o sea de forma más o menos precisa, fractura en forma. Las irregulares son estrelladas o comúnmente de fragmentos múltiples, representando una ruptura limitada del cráneo, sin que por su presencia pueda deducirse la forma del instrumento productor, sino más bien la certeza de que obró en una superficie asaz ancha, y en caso de machacamiento, que fue grande la violencia local. Las regulares o en forma, no parecen producirse sino con instrumentos de pequeña superficie o con instrumentos más anchos, pero que obran únicamente por una parte de su superficie.

En éstas, la pérdida de sustancia puede ser redonda, triangular, cuneiforme, etc., pudiendo decirse, por su forma, la del instrumento o parte del mismo que obró en el cráneo sobre el punto fracturado por su plena superficie y perpendicularmente. Hay una variedad particular de las fracturas en forma que se llama fractura en terraza, producida por la arista de un instrumento redondo, cuadrado, triangular, etc., de aristas marginales, obrando oblicuamente sobre el cráneo sólo por un punto de su superficie, por la arista o por un ángulo. En el punto de aplicación del golpe, el hueso se rompe y los fragmentos desplazados no recobran ya su antigua posición. Así un martillo o piedra cuadrangular, actuando sobre un

ángulo, produce una fractura de terraza triangular, cuyo vértice, que es la parte más deprimida, indica el punto de contacto. Un martillo o piedra redonda, actuando oblicuamente por su arista, produce una fractura ovalada, cuyo borde deprimido corresponde a la acción de la misma.

Con estas fracturas puede el fragmento óseo circunscrito por ellas ser arrancado, deprimido o hundido. Si sólo se hunde hacia el cerebro el centro de la parte de la bóveda que ha recibido la acción traumatizante, se habla de una depresión central, pero si todo el segmento fracturado de la bóveda del cráneo se ha hundido, entonces se ha perdido su conexión con el resto del cráneo, hablándose entonces de depresión periférica.

Entre los elementos contundentes de los aborígenes tenemos las piedras, las mazas, las lanzas y las jabalinas, usadas estas dos últimas como si fueran garrotes.

En el cráneo de la fig. 8 observamos la fractura del hueso frontal derecho con hundimiento de sus segmentos en forma de cuña triangular, los que quedaron por uno de sus bordes (los limitantes extremos) a la misma altura del hueso con el cual se soldaron. Existe, por consiguiente, en toda la periferia un proceso de cicatrización que demuestra que la víctima sobrevivió al traumatismo. El agente vulnerante, dada su forma, fue una piedra de aristas finas o toscas, pero terminadas en ángulo, ya que la porción perforada corresponde al sitio de más prominencia de la misma. La fractura alcanzó el techo de la órbita derecha, que también presenta señales de cicatrización.

En el cráneo de la fig. 9 se observa fractura del parietal izquierdo, limitando casi en su totalidad un segmento óseo. El instrumento contundente actuó estando de lado el atacante y en un plano superior. Pudo haber sido producida también por caída sobre el elemento ovoide craneano desde cierta altura.

Entre las fracturas de forma o regulares tenemos la señalada en la fig. 10, situada en el parietal derecho cerca de la sutura sagital, producida por la superficie redondeada y lisa de la piedra que actuó en sólo una pequeña extensión. El segmento es deprimido, sin pérdida de relaciones con el hueso, del que le separó el trauma, y perfectamente cicatrizado.

Asimismo observamos el de la fig. 11, que presenta fractura circular del frontal, hundida en el centro, pero guardando, a pesar de estar dividido el segmento en varios fragmentos, su topografía con la periferia y presentando señales de cicatrización en parte de ella, la que demuestra que sobrevivió al accidente.

Con respecto a las fracturas producidas por instrumentos punzantes, se originan después de heridas de cráneo producidas por instrumentos de punta roma, como la azada y el azadón, o por la penetración de objetos agudos que caen de gran altura o son lanzados con cierta violencia, como cuchillos, golpes de picas, introducción de dardos, flechas, puntas de "tabona" o puntas de sables, lanzas o jabalinas. La forma de la pérdida de sustancia dependerá, por consiguiente, de la sección del cuerpo vulnerante, así como de la fuerza viva en el momento en que choca contra el cráneo. Van siempre acompañadas de fisuras o grietas con fragmentación y depresión de fragmentos, especialmente de los que se desprenden en la tabla interna cerca del margen de la herida. De este tipo no hemos podido encontrar ningún ejemplar.

Fracturas de las extremidades.—Cuando los isleños se disponían al combate, después de haberse ungido el cuerpo, medio desnudos, con el jugo de ciertas plantas mezclado con sebo, usaban como armas defensivas escudos hechos con la corteza del Drago, llamados "tarjas", que envolvían al brazo izquierdo. Una vez comenzado el ataque, se valían de las piedras, que lanzaban con sus hondas o con la fuerza de sus brazos, y una vez llegados a las manos se servían de aquellos escudos o de su "tamarco", que también envolvían al brazo izquierdo, para defenderse de los golpes que recibían, ya que, como he dicho antes, las armas de que se valían eran de madera o de piedra.

No extraña, pues, que fueran frecuentes las *fracturas de sus extremidades*, entre las cuales mencionaremos, elegidas al azar, las del húmero izquierdo, cicatrizadas, y las de tibia, peroné y fémur derechos, mal consolidadas. Estas diferencias en obtención de resultados posteriores hace pensar que se valían de aparatos de contención, reducidos a vendajes circulares de tela de junco, envueltos a su vez por vendas de cuero, a las cuales untaban resina de pino para

darles consistencia. La extremidad fracturada la descansaban sobre un entablillado de tabaiba y la sujetaban con cuerdas de junco y tiras de cuero (figs. 12 y 13).

CAPITULO II

ENFERMEDADES QUE TIENEN SINTOMATOLOGÍA ÓSEA.

Siendo el mejor testigo de nuestros estudios el que nos dejaron el tiempo y los huesos de los que vivieron en nuestras tierras, a ellos hemos recurrido para hablar de la historia médica canaria a través de los siglos, ya que sólo ellos y los documentos escritos nos muestran la huella viva de lo que fue el origen de nuestra patología. Y así podemos manifestar que no hemos encontrado, en los esqueletos humanos que hemos estudiado, lesiones de *raquitismo*, lo que nos hace confirmar el hecho de que dicha enfermedad ha sido producto de la civilización mal comprendida, pues como los hombres primitivos se nutrían esencialmente de carne, frutas y en menor cantidad de tubérculos, sin que la cocción de los alimentos jugara papel importante, no había temor de que sufrieran carencia de vitamina D.

Por otra parte, tampoco he encontrado, en los huesos coleccionados, *lesiones tuberculosas*, que se han descrito en otros sitios bajo la forma de osteitis de los metatarsianos y metacarpianos, coxalgia y mal de Pott, siendo tanto más llamativo este hecho cuanto que en los tiempos prehistóricos la falta de higiene y las condiciones defectuosas de la alimentación (más señaladas en el Período Neolítico) contribuyeron a la difusión de estas enfermedades. Esto no quiere decir que se niegue la existencia de esta enfermedad en la paleopatología humana canaria, pues el hecho de no encontrarla en los huesos no significa que no tuviera otras localizaciones.

De la misma manera hemos de afirmar que los primitivos habitantes de las Islas Canarias no padecieron ni conocieron la *lepra*, no sólo porque las numerosas relaciones publicadas por los navegantes que las visitaron, las que relataron los cronistas que vinieron acompañando a los conquistadores y las que escribieron los histo-

riadores que de las Islas se han ocupado, nada dicen sobre este mal que delata a quien lo sufre, por su aspecto exterior, sino porque los estudios llevados a cabo por mí en el Museo Canario demuestran que no existen en ellos las lesiones características de la osteopatía leprosa, ya sea bajo la forma inflamatoria plástica hipertrófica, ya bajo la forma atrófico-degenerativa o bien bajo la forma de lesiones debidas a las tracciones de los ligamentos y músculos.

* * *

Sífilis.—Uno de los problemas más interesantes que aporta el estudio de las enfermedades padecidas por los primitivos pobladores de Canarias, es el que se refiere a la existencia o no de la sífilis en estas Islas antes de la Conquista, toda vez que con su afirmación o negación volvemos a poner de manifiesto las dos teorías que sobre su origen se debaten en el estado actual de la ciencia: la llamada colombina, que afirma existió la sífilis primeramente en América y fue importada a Europa por los hombres de Colón, y la denominada precolombina, que dice se padeció en Europa antes de conocerse en América.

En los mil cráneos conservados en las salas de Antropología del tantas veces nombrado Museo Canario fueron encontrados 39 con lesiones que fueron calificadas por el profesor Verneau de gomas sífilíticas, de los cuales en 18 estaban localizadas en el frontal izquierdo, uno con una en cada lado del mismo, un tercero con dos en el parietal derecho, un cuarto con una en cada parietal y un quinto con dos en el frontal y una tercera en el parietal izquierdo.

Ahora bien, nosotros *negamos la existencia de dicha enfermedad en los primitivos pobladores de las Islas*, porque con el nombre de goma sífilítico se conoce a una acumulación de vasos y células embrionarias de capilares y de células redondas donde se encuentran plasmocitos y fibroblastos con hiperplasia conjuntival. Estos elementos destruyen los tejidos, aunque no siempre, pues a veces se encuentran en la masa gomosa algunos islotes de tejido normal respetado, es decir, tiene lugar en ella un doble proceso de reblandecimiento y necrosis en el centro, por una parte, y de esclerosis y proliferación fibrosa en su periferia, por otra.

Refiriéndome a la sífilis de los huesos planos y cortos, y de ellos los que forman parte de la bóveda craneana, por ser en ella donde se han encontrado las lesiones a que vengo refiriéndome, he de recordar que se observan dos formas de esta enfermedad, según que el proceso gomoso conduzca a la osteitis destructiva o a la noviformación ósea, produciéndose en el primer caso la forma ulcerosa y en el segundo la hiperostósica, formas que frecuentemente se combinan, por lo que hay que deducir, en conclusión, que la osteitis gomosa tiene, por carácter, el ser, simultáneamente, condensante y rarefaciente.

Procedente de las capas internas del pericráneo, el nódulo gomoso, rosado o grisáceo, poco vascular, semitransparente, atraviesa, por osteitis rarefaciente, la superficie del hueso y tiende a invadir el tejido esponjoso del diploe, respetando la lámina interna, donde describe sus trazos helizoidales, cuyas vueltas de espiral van siendo tanto mayores cuanto más se aleja el nódulo de su punto de penetración. En estos casos la nudosidad gomosa, compuesta de elementos de escasa vitalidad, se transforma unas veces, por degeneración grasosa de esos elementos, en una masa caseosa, masa que al desaparecer por reabsorción puede evolucionar en seco, sin ulceración ni secuestro, dejando en la superficie de la bóveda una erosión cicatrizada en forma de dedal, o también infectarse y supurar, dando origen a una ulceración anfractuosa que tiende a crecer por la periferia y a necrosar el hueso subyacente, en cuyo caso los secuestros producidos emplean bastante tiempo en limitarse o eliminarse, debido a las conexiones persistentes que tienen con el hueso sano vecino. Otras veces, las menos, el nódulo gomoso no respeta la lámina interna y produce su destrucción. En estos casos los dos focos, el subperióstico y el de la dura madre, reveladores de la osteitis sífilítica y de la paquimeningitis gomosa existentes, van al encuentro uno del otro hasta que tiene lugar la perforación de la bóveda craneana.

Radiográficamente se aprecian en el vivo una destrucción ósea localizada en el territorio del verdadero goma y una intensa osteoesclerosis en el territorio del tejido conjuntivo osteógeno inflamado que no se necrosa; es decir, las mismas lesiones que repetidamente hemos destacado en el transcurso de estas páginas, la osteitis

gomosa que tiene por carácter el ser, simultáneamente, condensante y rarefaciente. Así lo vemos confirmado en las presentes radiografías (figs. 14 y 15), practicadas a una enferma afecta de goma sifilítico y asistida en el Hospital de San Martín de Las Palmas. En la de perfil se aprecia que el goma ha perforado la lámina interna del hueso, y en la de frente, el borde de osteoesclerosis que rodea el goma limitando el proceso.

En nuestra opinión, por consiguiente, las lesiones que presentan los cráneos antes referidos no corresponden a las de los gomas sifilíticos, como cree Verneau, sino que son graduaciones de un proceso de osteítis desde la corrosión y socavamiento de la lámina externa hasta la destrucción del diploe con formación de secuestros, pero conservando todos ellos la lámina interna: osteítis producidas por los instrumentos de piedra, que eran los más potentes y tenían las más variadas formas y con las cuales cargaban sus hondas. No se observan en dichas lesiones la erosión cicatrizada en forma de dedal, ni la ulceración anfractuosa que tiende a crecer por la periferia y a necrosar el hueso subyacente, ni mucho menos la destrucción de la lámina interna.

Y como si esto no bastara, podemos añadir que no hemos encontrado en los demás huesos del esqueleto (antebrazo, tercio interno de las clavículas y sobre todo en las tibias y bóvedas palatinas, lugares de predilección de la sífilis) ninguna lesión que la delatara. Sólo hemos hallado un esternón (fig. 16) con el cuerpo perforado, orificio que en nuestra opinión ha sido producido por los instrumentos de combate que antes hemos descrito o por las enfermedades que padecieron en aquellos tiempos.

Por otra parte, la paleopatología de Egipto, civilización que tuvo relaciones con la de nuestros primitivos pobladores, demuestra que la sífilis fue desconocida en las diez mil momias conservadas desde los períodos predinásticos al bizantino, y que, en cambio, la artritis reumatoidea era la enfermedad por excelencia de los huesos del antiguo Egipto, observándose entre sus formas clínicas la fusión del atlas con el occipital a consecuencia de espondilitis deformante.

Con respecto a las fracturas, las de cráneo y antebrazo cerca de la muñeca eran las más frecuentes y probablemente causadas al parar el golpe dirigido al primero con el Naboot, observándose tam-

bién necrosis de los huesos, en especial de los del cráneo femenino, a consecuencia de llevar jarras de agua en la cabeza. Si a ello añadimos que el profesor Vallois, en Francia, ha demostrado que no se han encontrado lesiones óseas sifilíticas en el Paleolítico, y que solamente en el Neolítico y sobre millares de huesos examinados encontró dos afectados por esta enfermedad, procedentes de los osarios de las grutas del Marne, podemos decir que *la sífilis no existió en los primitivos pobladores de Canarias* y, por consiguiente, que fue importada de América después del descubrimiento de Colón.

* * *

Otra de las enfermedades con sintomatología ósea encontrada en los esqueletos de los aborígenes es el *reumatismo articular*, enfermedad conocida en la antigüedad con el nombre de *artritis*. Bajo este nombre se englobaban algunas afecciones caracterizadas por presentar un cuadro nosológico parecido y que fueron después tomando características propias, hasta constituir entidades clínicas independientes.

La artritis reumática, en la paleopatología egipcia, fue una afección regional y no racial, cuya principal localización residía en la columna cervical, especialmente en la unión del atlas con el occipital, a consecuencia de espondilitis deformante. Atribuyeron su frecuencia a vivir en un sitio o clima húmedo, sobre todo durante las inundaciones del Nilo, y en cambio, la gota, considerada también como enfermedad reumática y de escasa frecuencia, fue aumentando en proporción a medida que en el Nuevo Imperio fueron creándose costumbres más regaladas y lujosas.

Al observar los numerosos cráneos de nuestro Museo hemos encontrado algunos con lesiones de la articulación témporo-maxilar y esqueletos con *lesiones vertebrales* que no hemos dudado en calificarlas de *reumáticas*, lo que viene a confirmar la existencia de esta enfermedad en los primitivos habitantes de Canarias.

Es sabido, desde un punto de vista amplio, que las lesiones articulares, en apariencia espontánea y de evolución lenta y progresiva se conocen con el nombre de *artritis seca*, y que un factor, la

edad, domina toda su etiología. Es sabido también que antiguamente se atribuía a la diátesis artrítica la principal causa de esta enfermedad, citándose como factores que la mantenían la vida sedentaria, el régimen nitrogenado demasiado exclusivo y la intoxicación de las gentes que viven encerradas y privadas de las combustiones normales provocadas por el ejercicio llevado a cabo en pleno aire. Hoy se oponen a esta teoría, y con razones convincentes, la llamada infecciosa, de los focos bucofaríngeos, la gonocócica, la endocrinópata, la gotosa, etc., etc. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el síntoma principal de la artritis seca es la reducción progresiva de los cartílagos, contrastando con la hiperplasia de las superficies óseas subcartilaginosas. El espesor de este elemento anatómico se altera primeramente en el centro de la articulación hasta llegar a su desaparición en los puntos donde los huesos están más en contacto. Ello da origen a la hiperplasia aparente de sus bordes y a la formación de pequeños trozos en el seno de los mismos, que se manifiestan bajo forma de pequeñas excrecencias hipertróficas conocidas con el nombre de econdrosis.

Las superficies óseas, en cambio, aparecen deformadas, no sólo porque la cavidad glenoidea se va borrando y ensanchando (fig. 17), sino porque el cóndilo unas veces se destruye y otras se hipertrofia a causa de que los osteofitos, formados de una manera irregular, pueden llegar a formar prolongaciones que se dirigen hacia los cuatro puntos cardinales, de las cuales es la más frecuente la que lleva dirección antero-posterior. Es de advertir que, aun cuando la anquilosis nunca se ha observado, son las lesiones del cóndilo las más constantes y acentuadas (figs. 18 y 21).

En cambio, a la *osteoartritis crónica*, por su frecuencia, se la consideró como enfermedad específica del hombre de la piedra tallada, ya que por las condiciones rigurosas del clima a que estaba sometido y por ser este frío húmedo e inadecuado para construir habitaciones impermeables, se vio obligado a vivir en cavernas.

Presentaba la osteoartritis, como caracteres dominantes, su precoz aparición (pues se encontraba algunas veces en sujetos cuyas suturas craneanas no estaban cerradas), su constancia en los individuos que tenían más edad y sus localizaciones, que alcanzaban a la columna vertebral más que a los miembros, bien bajo la forma

de osteofitos a nivel de las tres últimas vértebras cervicales, tres primeras dorsales y todas las vértebras lumbares, con cuerpos vertebrales en diábolo, o bien presentando en las cavidades cotiloideas exóstosis, o la cadera izquierda con morbus coxae senilis.

En el Período Neolítico, a pesar de que los agentes naturales o físicos contra la enfermedad ponían al hombre primitivo, con sus habitaciones deficientemente ventiladas y su vida ruda al aire libre, en situación más favorable que a sus hermanos los hombres civilizados actuales, la osteoartritis crónica existía. En las radiografías (figs. 19 y 20) se aprecia la tendencia de las vértebras a su forma en diábolo, y los llamados picos de loro en algunas de ellas.

Entre los *tumores óseos* sólo hemos encontrado el representado en el cráneo (fig. 22) afecto de osteoma del temporal derecho, y el representado en el maxilar inferior, afecto de osteo-sarcoma (figura 23) del lado derecho.

Relacionados con los mismos procesos reumáticos, he de decir que constituyendo la carne de cerdo y cabra, y la leche de estas últimas, parte muy importante de la alimentación de los isleños, dada la abundancia existente de estos animales en Canarias, es lógico pensar que siendo la *fiebre de Malta* enfermedad transmitida por estas últimas, habrían de encontrarse en los huesos y articulaciones de los primitivos habitantes manifestaciones de la referida enfermedad.

A este propósito es necesario recordar que las lesiones osteo-articulares de la *brucelosis* se encuentran principalmente en las articulaciones sacro-ilíacas, intervertebrales y coxo femorales. En las primeras hallamos con frecuencia una manifiesta separación del espacio articular normal, ensanchamiento que está deslindado por un contorno óseo borroso, cuyas zonas óseas vecinas tienen perfiles imprecisos. En algunos casos, y en las proximidades de la interlínea, se forman oquedades parecidas a las de los procesos osteolíticos. Con respecto a las segundas se aprecia un estrechamiento del menisco intervertebral y epifisitis del ángulo del cuerpo vertebral, como signo patognomónico de estas espondilitis, las cuales se presentan preferentemente en las vértebras III, IV y V lumbar; y con

referencia a las terceras encontramos una osteoporosis difusa de la cabeza y cótilo femorales, que en algunas ocasiones invade el cuello femoral y alcanza el trocánter, invadiendo a su vez, por parte del coxal, las vecindades del cótilo y del isquión.

Por efecto de esta invasión de los bordes articulares de la cabeza y del cótilo-femoral, aparecen borrosos o desaparecen casi en su totalidad; en cambio, la interlínea articular, si es visible, no parece disminuída en su anchura.

Como se ve en la radiografía (fig. 24) de la pelvis adjunta, elegida al azar entre las numerosas que existen en el Museo, no se aprecia ninguno de los signos descritos anteriormente.

Malformaciones óseas.—La malformación de la región basilar del *occipital* y su unión con las primeras vértebras cervicales es un proceso óseo revelador de alteraciones morfológicas del desarrollo de la base del cráneo y de la región cerebelo bulbar. El cuadro nosológico de estos casos es diverso y varía desde síndromes cerebelosos con hidrocefalia a otros más polimorfos, en los que tienen participación los pares craneales y las vías motoras.

La fotografía del cráneo (fig. 25) que presentamos y su correspondiente radiografía (fig. 26) demuestran que existía este proceso embriológico en los primitivos pobladores de Canarias. Su diámetro biparietal está aumentado, y el vertical disminuído. El hueso occipital está aplanado horizontalmente y forma con la nuca un ángulo bien manifiesto, y si bien es cierto que la apófisis adontoides y el atlas sobresalen por encima de la línea de Chamberlain (línea que une el borde del paladar con el posterior del agujero occipital), en este caso no ha podido comprobarse por faltar las vértebras cervicales. En la misma radiografía son dignas de anotarse la existencia de una típica impresión basilar, el aplanamiento de la silla turca, la elevación del clivus y el valor del ángulo esfenoideal, que sobrepasa la cifra de 140 grados, cifra que es considerada por Schiler como la máxima normal.

No podemos afirmar, observando este caso, si la malformación de Arnold-Chiari, descrita recientemente en España, estaba asociada a la impresión basilar, como es lógico deducir, pero sí pensar

que siendo frecuente este proceso en las razas nórdicas, los únicos datos obtenidos para sospecharla en los antiguos habitantes que tuvieron relación con estas razas fueron la configuración del cráneo y el cuello corto.

Otra deformación ósea que he encontrado es la llamada *aplasia de los huesos* propios de la nariz o *nasales*; y si bien es cierto que entre sus anomalías se han descrito la falta total de uno o de los dos, la soldadura de ambos o el aumento del borde superior, en el caso de la fig. 32, se aprecia la falta total de los dos.

(Continuará.)